

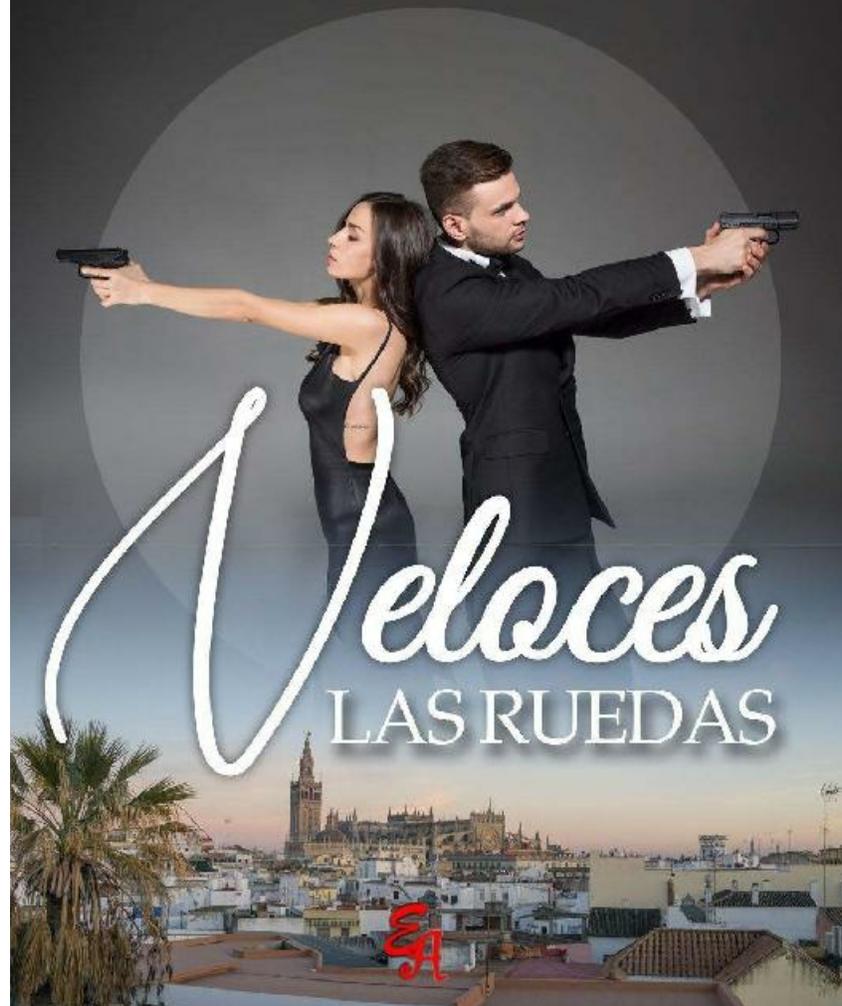
ERINA ALCALÁ

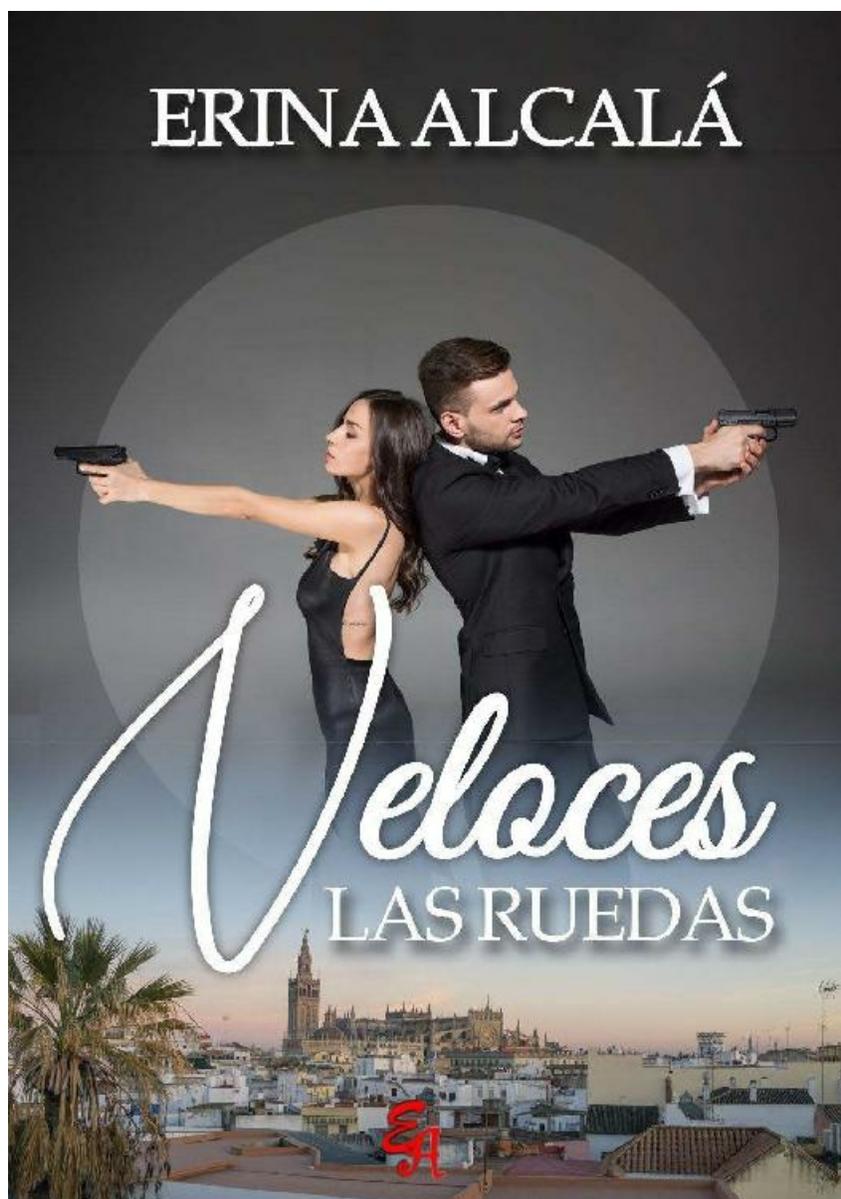


*Veloces*  
LAS RUEDAS



ERINA ALCALÁ





## **VELOCES LAS RUEDAS**

(Erina Alcalá)

Copyright © 2021 Erina Alcalá

Todos los derechos reservados.

**La velocidad es una forma de escapar de la conciencia y simplemente actuar.**

**AÑOS ANTES...**

**ROCÍO.**

Cuando Carmen y Rafa tuvieron su primer hijo, lo llamaron como su padre. Rafael Peláez, había sido toda la vida policía Local de Sevilla, aunque vivían en Camas porque Carmen, era de Camas y trabajaba en el Ayuntamiento en los primeros Servicios Sociales que se implantaron, ella era política, no trabajaba para el Ayuntamiento, sino que era parte de un partido político que ganó las elecciones y la nombraron la Concejala de Servicios Sociales.

Así se conocieron. Se casaron y tuvieron a su primer hijo. Rafael estaba muy orgulloso del pequeño, pero cuando nació su segunda hija Rocío, ésta no se separaba de su padre ni por asomo y su hijo mayor era más independiente ya desde pequeño. Sin embargo, Rocío era la viva imagen de su padre, hasta los ojos raros grises plateados eran suyos.

Más tarde cuando ya no esperaban más hijos, vino Sergio el pequeño. y así conformó su familia a la que adoraba.

Rafael era un hombre alto y recto, estricto en el trabajo, y muy trabajador, pero era un guasón de cuidado. Y eso lo heredó Rocío de él.

Pronto se compraron una casa, porque Carmen casi ganaba más que él y estuvo casi 16 años en la política metida. Pero la dejó cuando otro partido ganó las elecciones y se quedó en casa. Habían pagado una buena casa y los hijos estaban en una edad más complicada y ella quería disfrutar de ellos.

La política le había ocupado horas interminables de no pasarlos con sus hijos y sentía que les había robado el tiempo. Estaban muy enamorados y al no tener deudas y Antonio ganar un buen sueldo, ella se quedó en casa,

hacía algunos cursos, pero nada más. 16 años, más las que estuvo de joven en el partido, habían sido suficientes.

Rocío crecía y su padre estaba orgulloso de todos sus hijos, pero Rocío era su ojito derecho. Ya desde pequeña decía que iba a ser policía como su padre. Se ponía la chaqueta de gala que arrastraba por el pasillo de la casa, y se hacía una pistola de cartón.

—Debes tener cuidado con las armas Rafa —Le decía Carmen—, esta niña es un peligro.

De adolescente fue distinta al resto de las niñas, en cuanto su padre volvía a casa se iba de paseo al campo y quería que su padre le contara que habían hecho ese día o merendaban fuera, o si era verano, le compraba un helado. Rafa no quería ir con ellos. Ya estaba con sus amiguetes y las chicas y Sergio era pequeño, aunque a veces se lo llevaban, era muy madrero.

Así que su padre agrandaba las historias que a ella le parecían mágicas y le encantaban los uniformes. Cuando su padre se vestía lo miraba ponerse toda la parafernalia sin perderse un mínimo detalle.

Cuando acabó el instituto, le dijo a su padre que no iba a ir a la universidad, y su padre se enfadó un poco, pero ella le prometió que haría criminología por la UNED, pero antes quería ser como él y empezó a prepararse las oposiciones para cuando salieran.

Y la segunda vez aprobó. Pero esa vez su padre, ya estaba muy enfermo.

Mientras estudiaba en casa las oposiciones, se metía a estudiar a la habitación de su padre que estaba al final en cama y este le decía que debía tener cuidado si aprobaba, que había que ser recta en el trabajo, y una selección de normas que ella anotó en una libreta.

Sabían que a su padre no le quedaba mucho. Su madre cogió una depresión y sus hijos hicieron una piña para pasar todo el tiempo con él.

Rafa, el mayor, tampoco quiso ir a la universidad y Sergio terminaba el colegio. Ese sí quería ser informático desde que nació.

Cuando aprobó las oposiciones, y apenas le quedaban días para hacer su graduación y que le dieran la plaza, su padre murió y para ella fue de una gran tristeza que su padre no pudiera verla vestida con su uniforme con todos sus compañeros y sus oposiciones aprobadas, pero su madre sí hizo un esfuerzo para ir a verla con sus hermanos.

Luego se encerró en casa a pasar su luto, como todos, salvo que Rafa, estaba montando un pub nocturno, ella empezó a trabajar en Sevilla en el centro de Triana, la misma comisaría en la que trabajó su padre. La dejaron dos años en la administración y contestando el teléfono y ella aprovechó para cumplir la promesa que le hizo a su padre, apuntarse a la Universidad a Distancia y estudiar Criminología. Cogía asignaturas sueltas y no le importaba tardar cinco años en acabar la carrera, la acabaría.

A los dos años de estar al teléfono, le asignaron como compañero el compañero de su padre, que fue un padre para ella y le enseñó mucho.

Y por fin patrullaba en un coche en la calle. Manolo, la protegía por ser la hija de su mejor amigo y compañero, y le enseñó todo cuánto sabía.

Con el tiempo y la cabo de unos años, acabó la carrera, y cuando su madre ya estaba mejor, su hermano Rafa, se echó una novia, Alba y entre ambos llevaban el pub y alquilaron un pequeño ático que estaba encima del bar y era del mismo dueño. Solo tenía el pub y la vivienda arriba. Y se independizó.

Su hermano Sergio entró en la universidad a hacer informática. Y ella se independizó también a un apartamento en Triana de dos dormitorios, a veinte minutos de su comisaría, se había comprado un coche pequeño y ahorraba lo que podía, tenía un buen sueldo con los turnos.

Se alquiló el piso vacío porque era mucho más barato, lo pintó ella un fin de semana que no tenía trabajo y en unas tardes se fue a Ikea y se volvió loca, comprando todo. Su hermano Sergio le echó una mano para montar las cortinas y las lámparas y el resto lo puso ella.

Vivir independiente era estupendo, aunque echaba de menos llegar y tener la comida hecha y la ropa limpia, pero no quería darle trabajo a su madre ya más. Aún le quedaba Sergio en casa. Y su pensión de viudedad no era demasiado alta.

Así, podía salir con algún chico, y tener su intimidad. Hasta que con 28

años conoció a un empresario americano, Lucas una noche en un bar de copas y empezaron a salir, claro que Lucas solo iba a estar unos meses en España, pero decidieron salir ese tiempo juntos.

Pero jamás, olvidaría que por unos días su padre no la había visto vestida de uniforme. Le consolaba que pudiera cuidarla desde arriba y que se sintiera orgullosa de ella en el trabajo. Y estaría contento de que estuviese con Manolo, su mejor amigo y compañero, un padre para ella.

## **CARLOS.**

La madre de Carlos, Antonia, llegó a Barcelona de jovencita. En su pueblo no había nada, y sus padres tenían hijos que alimentar. Ella era la pequeña y sus tres hermanos varones emigraron a una fábrica de coches en Alemania a trabajar. Y ella se quedó con sus padres. Su vida era trabajar en el campo. Pero cuando la gente que había emigrado a Barcelona bajaba a las fiestas del pueblo en agosto, un tío suyo, Emilio, el hermano pequeño de su padre, que había emigrado a Manresa, un pueblo grande de Barcelona, le dijo que le dejara que se la llevara, qué iba a hacer la pobre chica allí en el campo. En Manresa, donde vivía su tío, tendría más probabilidades de entrar en una fábrica o en algún lugar y ganarse su dinerito.

Sus padres accedieron a duras penas porque se quedaban solos, pero Antonia quería irse a vivir otro mundo que no un pueblo de 700 habitantes, en el campo.

Así que le metieron la poca ropa que tenía en una maleta y cuando pasó la feria y sus tíos se fueron a Manresa se la llevaron con ella. Tenía una prima de su edad, Encarna, trabajando en una fábrica de suelas de zapatos y allí le consiguió su tío un trabajo con su prima. Les daba una pequeña parte a sus tíos para la comida y vivir allí en su casa, pero la mayoría del sueldo se lo dejaban para que ahorrara. Allí fue muy feliz con sus tíos y su prima.

Llevaba ya tres años en Manresa cuando un día salió con su prima por Barcelona y conoció a Gerard que iba con un grupo de amigos.

Gerard era un chico alto y guapo o eso le pareció a ella y trabajaba en trabajos de altura, en estructuras y demás.

Iba a verla todos los fines de semana a Manresa hasta que, al año, se hicieron novios y a los dos se casaron y se fueron a Barcelona. Se compraron un piso, Gerard ganaba un buen sueldo y tuvieron un hijo, Carlos. Ya no tuvieron más hijos.

Carlos, era un chico alto y serio y se preguntaban a quién les había salido ese niño tan serio, porque ellos eran simpáticos.

Carlos creció sin más hermanos. Lo intentaron, pero ya no pudieron tener más hijos, así que fue un niño bueno y un buen adolescente y un día llegó a casa y dijo que quería ser mosso de escuadra. Y se quedaron los padres sin saber qué decir, pero su padre le dijo que primero la universidad y después hiciera lo que quisiera.

Y en la universidad hizo Criminología. En cuanto salió hizo las oposiciones y aprobó a la primera. Al año ya se había independizado de sus padres. Se llevaba bien con ellos y no alquiló

un piso lejos de donde vivía, le gustaba su barrio, allí, estaban sus amigos y quería vivir allí. Se compró un coche y más tarde, su padre tuvo una caída en el trabajo y estuvo más de dos años de operaciones.

Tuvo que prejubilarse porque ya no era apto para el trabajo, la pierna no le quedó bien y le aconsejaron un lugar con menos humedad.

Una noche le dijeron a su hijo que se iban a vivir a Sevilla, era el sitio más caluroso, pero mejor para su pierna. Su madre quería volver a Andalucía, ya sus padres habían muerto años antes, pero no quería volver al pueblo de Jaén de dónde era, allí solo le quedaba una prima y amigas y era un pueblo pequeño.

—Pero ¿Cómo os vais a ir solos?

—No pasa nada, puedes venir a vernos. Estamos viendo pisos.

—¿Pero de verdad os vais a Andalucía?

—Sí, claro, el médico me lo ha recomendado.

Y él habló con los jefes y si quería ser policía local en Sevilla, tendría que ir allí y hacer las gestiones y exámenes pertinentes, así que aprovechó unas vacaciones que pidió anticipadas y se fue con sus padres, compraron un piso en Triana, precioso y estaban encantados. Los dejó colocados y volvió a Barcelona. Tuvo que ir de Sevilla a Barcelona unas cuantas veces hasta aprobar y conseguir una plaza en la central de Triana, con lo que se alegró, porque se jubilaba uno de los policías.

Y cerró su piso alquilado de Barcelona, dejó a sus amigos y compañeros y se vino a casa de sus padres, ya tendría tiempo de buscarse algo para él solo por aquella zona. Pero, aunque estaba contento porque sus padres estaban encantados con la ciudad, él no quería venirse a Andalucía, por nada del mundo. Pero no los iba a dejar solos.

No quería andaluzas, había conocido algunas demasiado abiertas, y él era serio. Tenían distintas formas de ver la vida.

—Tengo que buscar un piso —Les dijo a sus padres.

—Ya tendrás tiempo, ve a la central a ver cuándo empiezas.

—El lunes, ya lo sé, pero esta noche me han invitado a la despedida de uno, y su compañero va a ser el mío.

—Pues ve y los conoces, aunque no estarán todos, claro.

—Por supuesto, no pueden dejar sola la central.

—Bueno. Me echo una siesta, estoy muerto y luego voy.

—Descansa hijo, nosotros vamos a dar un paseo, ahí tienes una llave.

—Tened cuidado.

—Si ya nos conocemos todo esto, nos vamos por el rio.

## CAPÍTULO UNO

La fiesta se celebraba en un restaurante del centro de Sevilla, En la Avenida de la Constitución, donde, después tomarían café y unas copas. Se le hacía un regalo al que se jubilaba. No todos podían acudir. La jefatura de la policía local de Sevilla, esa en concreto del Centro de Triana, no podía quedarse sola, evidentemente.

Rocío Peláez, sí que acudió. Era su compañero el que se jubilaba. Su compañero al que echaría de menos, amigo de su padre, ya fallecido por un cáncer hacía casi ocho años. Manolo, fue un padre para ella. Manolo Amedo. Estaba contento y feliz. Había cumplido con su deber casi cuarenta años.

Rocío, era de Camas, un pueblo cerca de Sevilla, a tres kilómetros, de 1,70, el pelo negro y largo y siempre una cola alta con la gorra que llevaban. Tenía un cuerpo perfecto, ojos grandes, grisáceos, preciosos, que parecían de plata, nariz pequeña y respingona, y labios carnosos y le gustaba ir maquillada al trabajo. Le llamaban la guapa en la comisaría y es que era realmente guapa, y tenía estilo, pero era sencilla y nada vanidosa, su padre le enseñó los valores que debía tener un policía cuando ella le dijo que quería seguir sus pasos. Y sufrió tanto cuando murió...

Así que cuando termino el instituto, se preparó las oposiciones y tardó dos años en entrar en la policía, con 21 años recién cumplidos. Y una vez que entró la pusieron un par de años en la oficina hasta que a los 23 años, le dieron de compañero a Manolo para patrullar las calles.

Su padre murió, sin verla entrar en la policía, y su madre y sus dos hermanos se emocionaron cuando se vistió de gala el día que entraron los que aprobaron. Le tocó la oficina de Triana.

Una vez que entró se apuntó a la UNED la universidad a distancia y empezó a hacer Criminología. Y cinco años tardó en acabarla porque entre el trabajo y demás, cogía asignaturas sueltas cada año. Y ese mismo año, se había graduado, con 28 años y cinco patrullando las calles con Manolo.

Ahora no sabía qué compañero le tocaba. El lunes se enteraría, era viernes noche y tenía sábado y domingo libre. Conocía a todos los compañeros menos a uno, un chico joven, alto, bastante alto, de ojos verdes y moreno.

Cuando tomaban una copa se acercó a ella

—¡Hola!, soy Carlos Martí y por lo que se ve voy a ser tu compañero a partir de ahora.

—¡Encantada! —le dio la mano —Soy Rocío Peláez. ¿ No eres de Sevilla?, ¿no?

—No de Barcelona, bueno mi padre es catalán y mi madre andaluza de Jaén, que emigró a Cataluña. Allí conoció a mi padre y se casaron.

—Me alegro. ¿Siguen en Barcelona?

—No, mi padre se jubiló por un accidente laboral y viven aquí en Triana, se han cambiado.

—Así los tienes cerca.

—¿Llevas mucho en la policía local? —le preguntó él.

—Desde los 21. Y tengo 28, cinco patrullando calles con Manolo. ¿Y tú?

—Yo he trabajado desde que acabé en la universidad con los mossos d'ésquadra, pero nos hemos cambiado y he tenido que hacer un examen especial para entrar en esta policía local.

—¡Vaya!

—Sí, vaya. —Y ella no lo vio muy contento.

—¿Y qué hiciste en la universidad?

—Criminología.

—Yo acabo de terminarlo por la UNED este año.

—Mira Rocío...

—Dime...

—No me gusta patrullar con mujeres.

—¿Algún problema con las mujeres?

—Ninguno, solo que prefiero los hombres.

—¿Eres gay?

Y él la miró y no le gustó la broma.

—No, no lo soy, de hecho, me gustan mucho las mujeres, tengo 32 años.

—Pues si te han puesto conmigo tendrás que acatar ordenes, a mí no me gustan los catalanes, así que estamos a la par. Si no te gustan las mujeres, pide un cambio.

—¿No te gustan los catalanes?, pues estamos a la par, no me gustan las andaluzas.

—Pues tu madre lo es.

—Menos esa —y ella le sonrió con una sonrisa perfecta.

—¡Qué gracioso! Perdona, voy con Manolo a despedirlo, le vamos a dar el regalo. Un gusto

haberte conocido.

¡Será vanidoso y gilipollas! Se dijo Rocío. Vanidoso de mierda, cabrón.

Todo lo que tiene de guapo lo tiene de chulo.

—Lo que tengo que aguantar ahora con lo bien que estaba con Manolo...

Se relaciono con sus compañeros y esquivó a ese tío que, aunque no podía estar más bueno y olía estupidamente, era tonto como él solo. ¿No se había podido quedar en Barcelona?

Carlos sentía lo que le había dicho a Rocío. Era una mujer preciosa y eso era lo que no le gustaba como compañera. Le gustaban mucho las mujeres, siempre tonteando, pero tenerla todos los días incluso guardias, oliendo ese perfume que le encantó... Además, siempre había trabajado con hombres, se entendían mejor, si paraban a tomar una cerveza o a desayunar, ¡Joder qué mala suerte! Tantos exámenes y ahora no podía llegar y decir que no quería a una mujer como compañera, lo tacharían de machista. Lo mejor era callarse y aguantarte al menos un tiempo.

En Barcelona está encantado, le gustaba su trabajo. Pero por sus padres, se vinieron a Sevilla. Su padre se había prejubilado por enfermedad y el doctor le aconsejó otro tipo de clima. Así que eligieron Sevilla y él, no los iba a dejar solos, era hijo único. Y por eso hizo la transición a Sevilla.

Habían vendido sus padres el piso que tenían en Barcelona y su madre dejó de trabajar también. Tenían dinero suficiente para vivir bien, con los

ahorros, la venta y compra del piso, que en Barcelona era más caro, y la paga que le quedó de su jubilación. Así que iban a dedicarse a vivir. Y su hijo iba allí. ¡Qué más podían pedir! Aunque sabían que su hijo se cambiaría solo, esperaba que lo hiciera cerca de ellos.

Habían comprado un piso más pequeño para ellos de dos dormitorios en Triana, donde su hijo fue destinado. Les encantaba estar cerca del río. Había mandado pintarlo y compraron muebles nuevos los que tenían los dejaron en Barcelona con el piso.

Su padre estaba contento, se daba su paseo por las mañanas por el río y su madre iba al mercado cercano con él cuando daban el paseo.

Desayunaban... ya llevaban un mes allí instalados cuando su hijo llegó después de hacer el examen. De momento se quedó con ellos, pero iba a buscar un piso más o menos como el de ellos, de dos dormitorios para alquilar y estar al tanto de su padre, aunque lo suyo no era de gravedad, solo que una pierna la tenía inservible y había tenido seis operaciones, pero no podía realizar el trabajo.

En Sevilla se sentían bien y así se lo dijo a su hijo, pero a su hijo no le gustaba vivir allí, sin playa. Debía reconocer que la ciudad era bonita, pero si le hubiesen dado a elegir Andalucía no entraba en su mapa de vida. Era el tema siempre con los andaluces, cuando Cataluña era más andaluza y de otros lugares que emigraron en los sesenta y setenta.

Iba aponerse a buscar piso por las tardes o las mañanas cuando tuviera libre. Le gustaba vivir independiente desde que tenía 26 años en que se fue de casa.

Rocío, por su parte, tenía a su madre en Camas, aún tenía a su hermano pequeño Sergio en la universidad, le quedaba aún un año y un máster que quería hacer en informática. Y el mayor Rafa, como su padre, tenía en Camas un bar de copas, se había casado el año anterior con Alba, una chica del pueblo y vivían allí en un ático, justo encima del bar de copas.

Y ella se independizó para disgusto de su madre y vivía en Triana, en un piso no muy lejos de la comisaría, con dos dormitorios y garaje, y ella puso una habitación como un despachito, porque era pequeña esa habitación.

Tenía un baño una cocina y salón, dormitorio y con eso tenía ella. Lo había ido pintando ella sola y lo alquiló vacío. Se compro muebles a su gusto y todo ya lo tenía pagado. Había ido a Ikea y había llenado su pequeño piso de todo. Así que pagaba menos por estar sin muebles y los puso a su gusto, y tenía garaje para su coche, pequeño, no necesitaba un coche grande para ir a Camas o de vacaciones, a la playa, por Sevilla. Si siempre estaba en el coche oficial.

Estaba contenta, porque había terminado el curso, tenía todo pagado hasta su coche, era muy ahorrativa y había conseguido tener al menos 20.000 euros ahorrados, sabía que era poco, pero a partir de ahora sería más, ya que terminó de pagar todo y tenía un buen sueldo. Podía ahorrar la mitad y tener unas buenas vacaciones ese año.

Los fines de semana que tenía libres iba a Camas con sus amigas o se quedaba algún día en Sevilla. Últimamente se quedaba en Sevilla, había conocido a un americano, Lucas, un tío fuerte y alto. Tenía 34 años y había venido a trabajar un año a una empresa de Marketing dejó el coche mal aparcado y ella le puso una multa.

Al siguiente día pasaron por la empresa, y Manolo y ella se miraron.

—Tendrá cara el tío, le ponemos una multa y hoy mismo lo deja en el mismo sitio y cuando le dejaba la multa, salió el americano y Manolo la vio hablar con él y se reía desde el coche.

—Por favor, ayer me puso una, solo he parado cinco minutos, tengo que dejar documentación y luego aparcó, son solo cinco minutos.

—¿Ve la zona?, no se puede aparcar ni cinco minutos interrumpe el paso, le decía ella poniendo la multa.

—No puede hacer una excepción, soy americano. —Y Rocío se reía.

—El ser americano no le salva de esta multa.

—¿Qué le parece si me la quita y la invito el fin de semana?

—¿Me está chantajeando?

—No, la estoy invitando.

—Está bien —le hizo gracia a Rocío su acento y la cara de encantador que tenía.

—Gracias.

—La romperé por esta vez, pero que no se repita.

—Gracias, me llamo Lucas Carter —y le dio la mano.

—Rocío Peláez.

—¿Me da su teléfono? —Y ella se lo dio.

—Espero esa invitación. Si está casado olvídelo, si tiene pareja, también.

Y se metió en el coche dejándolo con la boca abierta y las llaves del coche en la mano para quitar el coche de allí.

—Es... —dijo Lucas.

Y Manolo se reía.

—¿Es guapo eh?, ¿le has quitado la multa?

—Me ha invitado este fin de semana que si no..., —y se rieron—. Es americano, me ha dado pena. Se ve buena gente.

—¿Pero te ha invitado o no?

—Sí, pero se ha quedado con la boca abierta, ¿Qué le has dicho?

—Que si está casado o tiene pareja, que se olvide.

—¡Qué dura eres Rocío hija!, así no encontrarás novio.

—Estoy servida, si te refieres a eso.

—Pero un novio es distinto, tu padre lo querría.

—Y yo, pero ¿a ver dónde está ese fenómeno?

—Eres tremenda...

Y en ese momento recibieron una llamada y pusieron la alarma y salieron pitando. Un robo en una joyería.

Hacía dos meses de la cita que tuvo con Lucas. Si quería un buen chico... Se acostó con él.

Lucas, tenía en la plaza de Cuba un pedazo de piso para ese año que iba a estar en España, lo llevó al bar de copas de su hermano, y Lucas estaba encantado con ella. Le decía que le gustaba

con uniforme, sin él y desnuda más todavía.

Si no fuese porque ella no quería hacerse ilusiones con él porque iba a estar un año solo y ya llevaba tres en Sevilla, podía enamorarse fácilmente de ese hombre guapo, alto de ojos azules y con traje esperanzador que le quedaba como un guante. Era elegante y educado, y era pasional en la cama. Salían y se lo pasaban muy bien. Era feliz con Lucas.

Cuando pasaban por la empresa, ella pitaba el coche, él salía y ella se bajaba del coche, le daba un beso y se iban.

—Sabes que eso no lleva a ningún lado, —le decía Manolo.

—Lo sé, pero es tan guapo...

—Pero se irá en unos meses.

—¡Ay, Manolo no me dejas disfrutar!

—No quiero que sufras mujer.

—No voy a sufrir, me lo tomo como es unos meses con un hombre increíble, es interesante, inteligente, guapo...

—¿No me vayas a contar como es en la cama?, que puedo ser tu padre.

Y Rocío se reía...

—Por eso lo iba a echar tanto de menos. Y cuando ella fue la que le dio el regalo de todos los compañeros se emocionó. Y fue la primera vez que se emocionaba delante de todos.

Encima llorona y sentimental. —Pensó Carlos ¡lo que me faltaba!

Cuando acabó la fiesta. Lucas la estaba esperando en la puerta y ella se despidió de todos,

Lucas la besó, y Carlos vio eso, ¡Menudo tío tenía!

—¡Vaya con Rocío! ese americano, es un modelo.

—Ya lo quisiera yo pa mi —dijo Carmen, una de las compañeras—, me da pena que se vaya dentro de unos meses.

—Pero mientras, deja que lo pase bien.

—No creo que lo pase mal. —decían sus compañeros.

—Vamos Carmen, puedes venirte conmigo cuando quieras.

—Muy gracioso, estás casado, anda y vete a casa con tu Lola. Os dejo hasta el lunes. —Y se reían,

Les gustaba tomarse el pelo, en realidad eran una familia.

La comisaría la formaba el comisario, el administrativo, también policía y se turnaban, uno que se quedaba atendiendo las llamadas y siete coches de dos policías. Carmen y Carlos tenían el número siete.

Ese fin de semana lo pasó en Sevilla con Lucas. Ya pasaba casi todos, a no ser que fuesen a tomarse un acopa al pub de su hermano.

—¿Qué tal la fiesta?

—Me da pena de mi compañero, pero seguro que va a disfrutar, es como mi padre.

—¿A quién te han puesto?

—Me he enterado porque me lo ha dicho. Un chico joven como tú más o menos.

—Me voy a poner celoso.

—No te vas a poner celoso, volverás a Nueva York. Cielo y esto se acabará.

—¡Qué pena!

—No pensemos en eso ahora, lo tenemos claro.

—Eres dura, Rocío.

—No soy dura, pero quiero disfrutar y ni pensar en nada más allá, para no sufrir cuando te vayas.

—Tienes razón, tienes tu corazoncito.

—Lo tengo y el que me han puesto es un tonto chulo machista.

—Entonces no tengo problemas mientras esté aquí.

—Ninguno. Es guapo, muy guapo, pero todo lo que tiene de guapo lo tiene de tonto —y Lucas se reía con ella.

—Vamos mujer, no será para tanto.

Lo es. Eso viene de siempre. Los catalanes y los andaluces nunca se han llevado bien y eso que la mayoría de los catalanes tiene sangre andaluza, desde que en los años sesenta y setenta hubo una gran emigración porque necesitaban gente para todas sus fábricas. Era una comunidad industrial y allí se asentaron los empresarios. Y ahora los hijos son peores cuando son hijos de andaluces y extremeños.

—No lo serán todos, mujer.

—Espero que no, pero nos tienen manía como si fuésemos vagos e inferiores, que se vengan a

Sevilla a trabajar con 50 grados a ver qué les parece.

—Ummm, nena, si no fuesen por las circunstancias y porque vivimos cada uno en un lado del mundo... me gusta tu radicalidad. —y hacían el amor.

## **CAPÍTULO DOS**

El lunes por la mañana a las siete, ya estaba Carlos esperándola.

—¡Qué puntual!, ¡buenos días!

—¡Buenos días!

El comisario les dijo que miraran el horario de la semana, y la ruta del día, más lo que surgiera.

—Vale jefe.

—¿Te sabes las calles? —le pregunto ella.

—Me las he estudiado —dijo él.

—Nos vamos entonces.

—A las tres aquí. El coche tiene gasolina ya. Las llaves y cuando fue a cogerlas ellas, Carlos, se adelantó.

—Nos vamos.

—Suerte Carlos, lo que no sepas, Rocío te lo dice, le preguntas —y ella le sonrió con una amplia sonrisa.

Salieron a buscar el coche...

—¿Qué? ¿Tampoco te fías de cómo conduzco?

—Me fio de cómo conduzco yo.

—Te ha dejado la novia, ¿Por eso tienes ese mal humor?

—No tengo novia, por tanto, no me ha dejado nadie.

—Bueno conduce tú. Cuando lleguemos a esta calle paras y pitas un momento en el número 16.

—¿Por qué?

—Para darle un beso a mi novio.

—¿Está permitido en horario de trabajo?

—En Sevilla sí. —Sonrío ella.

—Vamos allá.

Ella le iba señalando las calles e iba mirando por si se veía algo raro.

Dos llamadas de maltratos en el Tardón, y en la calle San Jacinto.

Cuando por fin terminaron con que se llevaran a los maltratadores.

—Vamos a desayunar, estoy muerto. Lo vamos a juntar con la comida.

—No te va a dar tiempo de darle un beso a tu novio.

—Pasamos más tarde. No es mi novio, se va a Nueva York en 9 meses.

—Todo un parto.

—Exacto, pero mientras, es mío.

—Una mujer posesiva.

—Sí, exacto. Cuando tengo a algún hombre es mío, si no, no tengo ninguno.

—Para aquí, sirven bien el desayuno. —Estuvieron desayunando.

—Has actuado bien antes —le dijo Carlos.

Lo intento, es el protocolo, no es la primera vez que lo hacemos, aunque hay que tener cuidado.

—Tienes fuerza.

—Soy poli, aunque mujer.

—¿Vives aquí en Sevilla?

—Sí, a 20 minutos de la central. No tengo que coger el coche, pero soy de Camas. A 3 km.

—Sé dónde está.

—¡Qué informado!

—¿Vives sola?

—Sí, ¿tú no?

—Estoy buscando piso, en Barcelona vivía solo, pero ahora mis padres vinieron antes y estoy buscando por la zona, mientras, estoy con ellos.

—Mi edificio es de apartamentos, suele haber gente joven, pero claro no sé si recomendarte vivir

al lado de una andaluza.

—Muy graciosa. ¿Dónde está? —Y le dio la dirección.

—Tienen dos habitaciones.

—Lo que busco.

—No tiene muebles. Yo lo pinté y me compré todo en Ikea. Me sale más barato que con muebles y lo he puesto como me gusta.

—Me pasaré esta tarde.

—Muy bien.

Terminaron de desayunar y cada uno pagó su desayuno. Era lo normal.

Pasaron por la empresa de Lucas y pitó, salió, la abrazó y le dio un beso en la entrada. Carlos la vio, ¡joder! Salió en dos minutos.

—Vamos ya.

—¿Un beso corto no?

—No se puede cortar la calle. Anda vamos que tienes un humor de perros.

El día se saldó tirante y con tiretes entre ellos. Carlos no sabía por qué, porque ella se había portado fenomenal en las actuaciones, era toda una profesional. Y con él había tenido un a paciencia infinita. Debería estar contento, porque le parecía que el hecho de ir con ella tenía que protegerla también, y eso con un hombre no pasaba. Terminaron bien el día y entregaron el parte, las multas y las llaves

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Parece que Carlos se quedó un poco más, a lo mejor iba a pedir un hombre para cambiarse.

Llegó a casa y calentó la comida. Hacía comida para dos días, así que tenía para el siguiente.

Había hecho la compra y todo estaba limpio. Se dio una ducha y se tumbó en el sofá hasta las seis y media que iba una iba al gimnasio.

Iba a salir por la puerta con su bolsa del gym cuando Carlos tocaba el timbre de su puerta.

—¡Hombre! ¿A qué se debe el honor? Pasa anda.

—¿Te ibas?

—Iba a gimnasio, pero voy ahora después. Hay uno por la zona, aquí al lado, en el número 20.

—¡Ah bien!, voy a necesitarlo.

—Yo voy por las tardes una hora, hay piscina cubierta y nado otra media, qué ¿has encontrado piso?

—Quería preguntarte si puedes venir a verlo, si es como el tuyo, y le dijo la cantidad que le pedían.

—Eso es lo que yo pago.

—Me pareció barato, en Barcelona son más caros.

—Pues eso es lo que pago, ¿quieres ver el mío?

—Si no te importa...Y ella le enseñó su piso.

—Es coqueto.

—Sí, de mujer andaluza que no te gustan.

—Vaya, no vas a olvidarte de eso.

—Si, me olvido, hombre.

—¡Está precioso! me gusta el despacho.

—Sí, tiene 70 metros cuadrados, pero es perfecto.

—Bueno, gracias por dejarme verlo para tener ideas para comprar los muebles.

—Si quieres puedo ayudarte, cuando necesites ir, voy contigo a Ikea.

—¿Quién te lo pintó?

—Yo.

—¡Joder!

—Mete un pintor.

—Pues claro. Me gusta el color. ¿Nos vamos?

—Si, ¿dónde tienes el tuyo?

—Al lado del mío?

—Sí.

—¿Vas a controlarme?

—No mujer no quedaban más. Este era el último.

—Vamos a ver cómo está...

Y entraron... él ya lo había alquilado...

—¡Está bien!, si lo quieres pintar...

—Sí, por supuesto, no quiero color rosa en las paredes. —Y ella se rio.

—Pues te llevarán poco, como es pequeño...

—Quiero que me lo pinten de gris como el tuyo. Iré a Ikea a por los muebles.

—Aún tengo la lista en el pc de todo cuanto necesitaba, si quieres te la saco.

—Me vendría bien, sí, gracias.

—Mañana te la llevo, de todo cuanto yo necesitaba, si tú no lo necesitas...

—Me la das si no te importa.

—Te la saco cuando venga del gimnasio.

—Voy contigo y me apunto.

—Menuda persecución policial. —Y fue la primera vez que lo vio sonreír. —Anda catalán, haz algunas pesas.

—Las hago.

—Se nota.

—Suelo correr por la mañana.

—¡No me digas!, yo también.

—Cuando me toca de mañana, si no, de tarde.

—Bueno, qué ¿te gusta el edificio?

—Sí, está cerca del piso de mis padres.

—Pues muy bien ¿no?

—Sí, todo a mano.

Y saludó al dueño del gimnasio cuando entró.

—¡Hola Pablo!

Palo era un armario empotrado, de músculos, pero era bonachón y simpático.

—¡Hola la guapa!

—Qué tonto, aquí te traigo a mi compañero, pórtate bien con él. No lo engañes.

—Listilla, ahí están las listas de .os precios — y ella se fue riendo.

—¡Hasta mañana Carlos!

—Hasta mañana Rocío y gracias.

Y ella lo miró con guasa.

—¡Ay qué buena está! —dijo Pablo.

¿Qué pasaba? ¿Qué le gustaba a todo el mundo?

Al día siguiente una vez hecho su recorrido de casi un ahora corriendo por las calles de Triana y el rio, se duchó y se puso su traje, se maquilló y se dirigió a la comisaria.

—¡Buenos días!

—¡Hola Carlos!

—¡Hola Rocío!, ¿Has corrido?

—Sí, claro, como todos los días que tengo mañana.

—No te he visto.

—Voy por el lado del puente y el rio y doy toda la vuelta, al lado del rio es magnífico, llego hasta casi la estación de autobuses Plaza de Armas y vuelvo. Bueno ¿qué tenemos hoy?

Y lo miró para no variar. Carlos cogió las llaves.

—Dame las llaves, hoy me toca. —Y se las dio sin ganas—. ¿No te fías?

—Me gusta conducir.

—¿No tienes coche?

—Sí que tengo.

—Pues luego te das una vuelta a la salida.

—No puedo viene el pintor a ver el piso, pasado mañana me lo pinta.

—El fin de semana puedes tener todo listo.

—Sí, eso espero.

—¿Te apuntaste al gym?

—Sí iré luego cuando venga el pintor.

—¿Te ha gustado?

—Sí, piscina y todo, es completo, ¿qué haces tú? —le dijo mientras iban para la calle.

—Kim boxing, algo de pesas cardio, bici y la piscina. Hora y media o y cuarto, no más por la mañana corro, necesito hacer la comida, descansar y estar con Lucas.

—¿Te vas?

—O viene él a mi casa.

—¿Por qué te enrollas con un tío que se va en unos meses?

—Por lo mismo que te enrollas una noche.

—No es lo mismo.

—No, es mejor.

—¿No lo echarás de menos?

—Intentaré no apegarme mucho, pero con Lucas es difícil, es un buen tío. Es perfecto.

—Vete a Nueva York.

—No, mi vida está aquí y allí la suya. Lo tenemos claro.

—Bueno. Vamos.

Y poco a poco Carlos parecía que iba cediendo y dejando atrás ese malestar que traía.

—¿Lo peor de Sevilla?

—El verano, el calor, espera y veras, ahora estamos en febrero.

—Pero ya mismo tenemos Semana Santa, a tus padres les va a encantar, ya verás, luego la feria. Tendremos guardia en ambas. Hay mucha gente, así que tendremos libre un día o dos como mucho, pero se puede ir por las tardes si no tenemos doble guardia. Puedes vestirte de señorito sevillano.

—¡Que graciosa eres!

—¡Qué catalán más soso!

—Para graciosa ya estás tú.

—¿Verdad? —Y él la miraba.

La primera semana se saldó con algunos accidentes, robos, persecuciones, pero Rocío le dijo que al barrio del Vacie no se entraba.

—¿Por qué?

—Porque no, si no te quieres jugar la vida.

—De aquí, para allá —le señaló —nada, da todo por perdido. Y menos solos.

—¡Está bien!

Le indicó los sitios más peligrosos, aunque ellos tenían un par de ellos en su ruta. Desayunaban juntos y a veces coincidían corriendo por la mañana y en el gym. Por las tardes le ayudó a colocar las cosas que había comprado

en Ikea de la lista que le dio. Aunque allí estaban sus padres, ayudando en la casa.

—Mamá, papá, ella es mi compañera, Rocío, y mi vecina.

—Encantados.

—Mi padre Gerard y mi madre Antonia.

—¡Qué guapa hija!, ¿no te da miedo ser policía?

—No señora, voy muy segura con su hijo, —y él la miraba y movía la cabeza.

—Haz ahí el agujero para las cortinas...

—Mide y señala, tu madre las está planchando y se arrugan. Eso es.

—¡Qué mandona! —Y el padre se reía. Y le daba la barra con la cortina metida.

—¡Qué bonita!, ¿verdad señor Gerard?

.No me digas señor, muchacha.

—¡Está bien suegro! —Y la madre se reía.

—Ya quisiera —Decía Carlos.

—¡Qué tonto es su hijo!, es catalán Antonia.

—Menudo cachondeo...

Pero en dos días tenía la casa lista y preciosa.

—¿No es bonita?

—Si me gusta —dijo él.

—Es masculina y preciosa. Te falta la comida.

—Ya la he comprado, la traen ahora.

—Antonia, está usted en todo.

—Bueno, os dejo me voy al gym.

—Ya no voy hasta mañana, voy a colocar eso y termino —Dijo Carlos.

—Bueno un beso, —y les dio un beso a sus padres.

—Tienes un día que venir a comer a casa.

—Encantada, si me lleva Carlos...

—Pues claro que sí, nos has ayudado mucho.

—No ha sido nada mujer. Hasta luego.

—¡Qué chica más guapa Carlos!

—Sí, es muy guapa, pero es mi compañera.

—¿Y qué? —dijo el padre.

No quería decirles que salía con otro. Sus padres no iban a entenderlo.

Por la noche oyó hablar, seguro estaba el novio, y puso el oído y la oyó gemir, ¡joder me cago en la puta!, ese tío le estaba haciendo el amor en el sofá. Cogió las llaves y salió a la calle. Y se llevó a una chica que conoció en un bar de copas.

Eso hacía al menos cada fin de semana, como siempre y fue olvidándose de lo que le provocaba Rocío, ajena a todo eso.

Sin embargo, con ella mejoró la relación, y hacían buena pareja de policías claro, se entendían a la perfección y actuaban rápido y un día conducía él y otro ella.

No era tonto, estaba fuerte y era femenina, la había visto salir con faldas cortas y vestidos con escote con Lucas, con el uniforme, con chándal y de todas formas estaba buena y la deseaba.

Un día fue a comer a casa de sus padres de Carlos, con ellos era atenta, llevó una botella de vino y se llevaba estupendamente con sus padres. A ellos le encantaba Rocío. Rocío pacá, Rocío pallá.

Hasta llegar la Semana Santa. Tranquila, pero con guardias, después la feria. Esa fue peor.

Tuvieron solo dos mañanas libres y sobre todo noches. Lo peor: las borracheras, las peleas, terminaban destrozados.

Los días que Rocío tuvo libre se iba con Lucas a la feria e igual hizo en Semana Santa.

A pesar de todo y las mujeres con las que se acostaba Carlos y que veía Rocío entrar en su casa, como él veía a Lucas entrar en la suya, pero no se sentía bien al verla feliz. Él no lo era y tuvo que reconocer que deseaba estar con ella en el trabajo y que los fines de semana, no le llenaban por muchas mujeres guapas que se llevaba a casa.

Si embargo Rocío, estaba ajena a los sentimientos de Carlos, bastante tenía ella pensando en el poco tiempo que le quedaba con Lucas y se le iba de las manos y no quería que se fuera, pero Lucas tenía su empresa lejos y ella no quería irse allí. Tampoco Lucas se lo pidió y eso era lo que la decepcionaba un poco. Si al menos se lo pidiera... pero, ¿qué iba a hacer allí?, aquí tenía a su familia, su trabajo que le encantaba, sus compañeros y

amigos, no podía cambiar eso por irse tras un hombre que no le había dicho siquiera que la quería, porque ella en el fondo, tras esa coraza de mujer dura, era una romántica.

No quería pensar mucho en ello. Sino disfrutar de ese tiempo, tampoco iba a dejarlo hasta que lo viera marchar para siempre.

En verano, Carlos y ella se llevaban bastante bien, incluso bromeaban.

Al menos ella que era más irónica.

—Qué te van gustando las andaluzas ¿no?

—¡Qué irónica eres!...

—Pues veo bastantes ir a tu casa catalán.

—Sí, tengo necesidad de sexo, para eso no me importan de dónde sean.

—¡Qué! cara tienes. Vas a tener que hacer una lista.

—No las cuento.

—Oye Carlos, —le decía mientras este conducía, haciendo una ronda por si surgía algo.

—Dime guapa... —Y ella se reía.

—¡Mira qué piropos! Bueno quería preguntarte una pregunta muy íntima.

—Ya veré si te la contesto.

—¿Qué les haces?

—¿A quiénes?

—A las chicas, se oye desde mi casa, ¿eh?, las paredes son finas.

—Pregúntales cuando salgan si te interesa. —Y ella reía. —Le encantaba tomarle el pelo.

—Pero a ti no se te oye.

—Dime qué te hace el americano, como tú bien dices las paredes son finas.

—Pero mi americano gime. Tú no.

—Dejemos el tema.

—¡Está bien!, no hablas de temas íntimos.

—No.

—¡Qué aburrido eres!, si fuese un hombre sí que me lo dirías. —

—O no.

—¿Te has levantado mal hoy?

—No, vemos a desayunar, anda.

—¿Nos cogemos vacaciones en agosto?

—¿Te vas a algún lado?

—No lo he pensado aún.

—¿No te vas con tu americano?

—No puede, se va en apenas cuatro meses, a primeros de noviembre.

—¿Y tú te vas?

—Sí, lo necesito.

—¿Dónde te vas?

—A Cádiz quizá unos días, tiene unas playas preciosas. Luego no sé, o, al contrario, quiero ir a Suiza.

—¿A Suiza?

—Sí ¿no has visto los paisajes que tiene? Primero Suiza, viaje cultural, y luego playa para descansar.

—Suiza cuesta una pasta.

—Pues sí. Pero no me importa gastarme la paga en las vacaciones. las merezco.

—Quizá me vaya a Cádiz también, si dices que tiene las mejores playas...

—Sí, yo suelo pasar al menos una semana en la Barrosa, tiene casitas, si te llevas a tus padres, les va a encantar.

—Sí, los quiero llevar, ellos en una, yo en otra. Lo merecen.

—Luego quiero subir a Barcelona. Tengo que hacer unas gestiones y pasar a ver a mis amigos o, al contrario.

—Nunca he ido a Barcelona, la verdad.

—Puedes venirte un par de días conmigo, cuando vayas a Suiza. Y te la enseño.

—Si me dices un buen hotel no muy caro, puedo quedarme un par de días, mira., luego me voy a Suiza en tren,

—¿En tren?

—,Sí de alta velocidad,

—¿Te vas a recorrer todo en tren?

—Me encanta.

—Tengo tiempo, llego luego a Sevilla y cojo mi coche para Cádiz. Es un mes hombre.

—Sí, es verdad,

Cuando él se enteró de itinerario de ella y dónde se quedada, reservó en la Barrosa lo mismo que ella, en el mismo complejo, dos casitas para él y para sus padres.

Iba con ella en el ave a Barcelona y estarían en el mismo hotel dos días, haría sus gestiones y le enseñaría la ciudad.

Los compañeros, sobre todo los más jóvenes de la comisaria, sabían que a Carlos le gustaba la guapa.

A veces salía con tres de ellos, que eran los que no tenían novia. Juanjo, Rubén y Marcos.

—¿Te gusta la guapa tío?

—Si tú lo dices... —Le dijo a Marcos que era el más cachondo.

—Se te nota, pero que no te engañe, es muy buena.

—Lo he comprobado. Hace más ejercicio que yo.

—¡Está buena! — decía Rubén, si no fuese por el maldito americano...

—Se va ya mismo, Carlos.

—¿Y qué?

—Que tienes vía libre tío. Es guapa.

—Claro cuando acabe se salir de una relación de meses va a querer estar con otro.

—Depende, si no lo quiere...

—Anda, voy a pedir las vacaciones.

—Nosotros nos vamos. Hasta luego.

—Adiós.

—Menos mal que ni se habían enterado, que se iba con ella a Barcelona.

Dos días antes de tomarse vacaciones Lucas tuvo que volver a Nueva York.

—Lo siento pequeña, pensé que me quedaba hasta primeros de noviembre, pero ha surgido un problema y aquí, he acabado casi.

—Ha sido bonito Lucas.

—Sí, preciosa, nunca te voy a olvidar. Has sido una buena amiga.

Y ella lloró un rato.

—Vamos nena, no llores, sabíamos que esto se acababa. Nuestras vidas son distintas, en continentes distintos. No tenemos mucho en común, salvo

amistad y sexo.

Y Rocío se sintió decepcionada. Gracias que se iba en dos días de vacaciones. Y esa noche se despidió de Lucas haciendo el amor, peor fue distinto y supo que ese no era el hombre de su vida, aunque eso ya lo sabía ella de antemano. A media mañana del día siguiente, Lucas tomaba un avión a Nueva York sin billete de vuelta.

Al día siguiente Carlos la vio muy callada, no ironizaba, ni hablaba siquiera.

—¿Qué te pasa?

—Lucas se ha ido hoy.

—¿A Nueva York?

—Sí. Para siempre.

—Para no volver.

—Sí, para no volver.

—¿Lo quieres?

—No, creo que estoy algo decepcionada.

—¿Y eso?

—Me da la sensación de haber perdido el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque hemos sido amigos con derecho a roce.

—Tampoco es malo. ¿O te has enamorado?

—No, no me he enamorado.

—Bueno, entonces cierras esa etapa de tu vida. Dos meses más o menos.

Has vivido una historia con él, no tiene por qué haber sido el tiempo. Se te veía feliz.

—Sí, tienes razón.

—Pues no estés triste, te vas de vacaciones, pasas página.

—Sí. Es lo mejor.

Pero ese día y al siguiente la vio triste.

Pero al siguiente cogieron vacaciones y la invitó a cenar para animarla.

Eso sí, no la vio echar una lágrima delante de él.

—Estoy haciendo la maleta. Y recogiendo Carlos, nos vamos mañana temprano.

—Tendremos que cenar. Termina, vente y pedimos algo, te espero.

—Vale, en un ahora estoy.

—Ok.

Por la noche se fue a cenar a Casa de Carlos, que le hablaba de que cuando llegaran, podían dejar las maletas en el hotel, salir a comer algo y mientras ella descansaba, él hacía las gestiones. Luego podían pasar esa tarde y el día siguiente a ver Barcelona. Se la iba a enseñar, porque al siguiente él volvía a Sevilla y ella cogía un tren para Suiza. Por la tarde había ido a despedirse de su madre y sus hermanos. Su madre como siempre que se iba sola, que si no le daba miedo.

—No menos que ser policía mamá. Te llamaré. Te quiero. Y cuando venga paso antes de irme a Cádiz.

Mientras cenaba con Carlos por la noche, en que pidieron pizza...

—¿Cogemos un taxi al ave? —le dijo éste.

—Sí, es lo mejor, con que lo cojamos a las nueve, tenemos tiempo.

—Vale hasta mañana, estamos listos a las nueve.

Y cuando acabaron de cenar, ella se fue a su casa. Estaba cansada.

—¡Hasta mañana! Estoy muerta, Voy a caer en la cama a plomo.

—¡Hasta mañana! Descansa.

Rocío tenía todo su plan en Suiza e incluso su lista de sitios por visitar en esos diez días que iba a pasar allí, los billetes y los del ave, toda su documentación. Y su maleta, le faltaba meter la bolsa de aseo al día siguiente.

### **CAPÍTULO TRES**

A las nueve, los estaba esperando el taxi, abajo.

—¿Te ayudo? —le dijo Carlos

—No gracias, es grande la maleta, peor llevo solo esto. Si hace frío me compraré un chubasquero, llevo algo de manga. Con el calor que hace aquí.

Desayunaron en la estación y pasaron al tren.

Como sacaron los billetes a la misma vez, iban a ir juntos hasta Barcelona.

Carlos la ayudó a poner la maleta arriba y puso la suya al lado.

Cuando el tren arrancó... ¿Qué tienes que hacer en Barcelona?

—Unos trámites del antiguo trabajo, ver a mis compañeros...

—Seguro sales por la noche.

—Seguro, pero cuando salimos muchas veces vienen chicas, si van algunas, te vienes.

—Carlos no conozco a nadie.

—No seas tonta, los conoces. Así que vean a la guapa.

—¡Qué tonto eres! Pero eres buen policía. Estoy bien contigo y eso que no me querías.

—Sí, fue una tontería. Siempre he estado con hombres, y tener una mujer creía que me iba a suponer un problema.

—Machista...

—Machista no, me encontraba más cómodo.

—¿Y ahora?

—No te cambiaba. Están todos enamorados de ti.

—Anda, no digas tonterías, lo que quieren es echar un polvo —y él sonrió

—¿Y quién no?

—Tú también.

—Bueno, no soy de piedra, pero tenías novio.

—No tenía novio, pero en todo caso, ahora no tengo nada.

—Tienes compañeros y familia. ¿Qué le veías a ese hombre que nada te ofrecía?

—Lo que, a todos, ninguno te ofrece nada.

—Eso es verdad. Pero tú eres valiosa, inteligente...

—Me gustaba, estaba bien con él, tenía sexo, salíamos, era simpático y divertido.

—¿Buen sexo?

—Carlos...

—Tú me preguntaste una vez sobre intimidades.

—Era bueno, no es que saltaran chispas, pero era bueno.

—¿No has encontrado a nadie con quien salten chispas?

—Pues no ¿y tú?

—Pues creo que tampoco.

—¿Por eso no gimes?

—¡Qué mala eres! No gimo porque no gimo y si lo hago no se tiene que enterar la vecina cotilla.

—Y ella se reía.

—Hace tiempo que no llevas chicas.

—Sí, un mes y medio más o menos.

—¿Por qué?

—De vez en cuando me canso y hago una pausa.

—¡Vaya!

—¿Es bonita Barcelona? —cambió de conversación.

—Sí, lo es, a mí, me gusta, pero mira, me estoy acostumbrando a Sevilla, es preciosa y cultural, más antigua que Barcelona. Pero como dices, he notado el calor en julio.

—Es el mes que más calor hace y en septiembre, un poco que pillaremos.

—Estoy cansada, he dormido poco estas noches y se echó en su hombro.

Carlos sonrió y la dejó dormir casi una hora y media. Él también cerró los ojos absorbiendo la colonia de ella y su pelo suave que se había dejado suelto, con unas horquillas atrás. Era tan bonita... pero tan independiente...

Cuando quedaba media hora para llegar a Madrid, ella se despertó.

—¿Dónde estamos?

—En Atocha casi. Asún nos queda la otra parte del viaje.

—Sí que he dormido...

—Yo también he dormido un poco.

—Bueno vamos a ver esa ciudad tuya. —Y él le dijo que había reservado un hotel en las Ramblas, donde él había trabajado.

Le contó lo del accidente de su padre, que le hubiese gustado tener hermanos, pero su madre trabajaba mucho y su padre no tenía al principio un buen trabajo, con lo cual lo fueron dejando y fue hijo único.

Ella le dijo que su padre había sido policía y había muerto sin verla graduarse, pero sí sabía que iba a ser policía. Y estaba orgullosa de ella.

—Lo echo de menos. Era su niña preferida.

—¡Cómo no!, los padres siempre tiran para las hijas y si son únicas, más todavía.

—A ti te quieren los dos, se ve que están orgullosos de ti.

—Sí, pero mi madre siempre está en un vilo. Parece que en Sevilla está más tranquila, les encanta a los dos.

—Para que veas, a ti que no te gustaba Andalucía, con tu voz finita.

—¿Tengo la voz fina?

—Sí y las eses, que yo me como.

—¡Qué cosas tienes! Me gusta tu acento.

—¡No me lo puedo creer!

—Sí, créelo, eres irónica y te ríes de todo. Siempre estás bromeando.

—Pero en buen plan hombre. Bromeamos. Es que eres serio.

—No soy serio, lo que no soy es tan risueño como tú.

—Los catalanes no sois tan serios, solo tenéis manía a los andaluces porque la mayoría tenéis sangre andaluza.

—¡Eres tremenda!

—Tú eres guapo. —Y se la quedó mirando.

—La guapa eres tú.

—No estás mal catalán.

—¿Soy tu tipo? —Y ella lo miró.

—Sí, creo que eres mi tipo. Me gustan altos, porque soy alta, bueno más o menos, pero, eres moreno y con ojos verdes y mides casi 1,90, eres un tipazo, pero eres catalán. Serías el tipo de cualquier mujer, hombre.

—¡Qué mujer! —Y ella se reía.

—¡Estás bueno Carlos!, lo sabes, ¿pues no ves la cantidad de chicas que te llevas a casa?, si estuvieras mal, no iban.

—¿Tú crees?

—Lo creo. ¿Les dices que eres poli?

—No.

—Pues si lo dices van el doble, nada más atrayente que un uniforme y una pistola.

—Eso debería dar miedo.

—Depende de la pistola.

—Anda déjalo. No se puede contigo.

—Creo que voy a echar otro sueñecito, tienes un hombro para dormir. —

Y casi despertó cuando iban a llegar.

—Dormilona, estamos llegando.

—¿Sí?

—Sí, despierta ya mujer. Vaya compañera de viaje...

—¡Estoy muerta, Carlos!

—Luego echas una siesta en la cama del hotel, ahora comemos.

—Sí, tengo hambre.

Y tomaron un taxi hasta el hotel. Las habitaciones contiguas. Salieron al balcón.

—Mira Carlos, se ven las Ramblas... Son bonitas, tengo que comprarme algo. Vamos a comer.

—Vamos.

Y la llevó a un bar al que iba a comer y que ponían una comida típica catalana, una excalivada y una xatonada para los dos.

—Esto está bueno, pero como las tapas de Sevilla, no.

—Por supuesto —bromeaba él.

—Está muy bueno. Me encanta.

Tomaron postre, crema catalana, y se fueron al hotel.

—Vengo a por ti a las ocho.

—Vale, me echo una siesta y quizá de una vuelta por la Rambla. ¿Me visto muy guapa?

—De boda no, para salir un día festivo o así. —Y ella se reía.

—Vale. Hasta luego.

Y entró en su habitación. Se dio una ducha, se lavó los dientes y se tiró desnuda en la cama. Mientras, oyó la puerta de Carlos, abrirse y cerrarse.

Se quedó dormida hasta las seis. Cuando miró el móvil, se quedó de piedra, ¿Cómo podía haber dormido tanto?

Bueno al menos estaba duchada, se puso un chándal y salió por Las Ramblas hasta casi las siete y media, tomó un café y un trozo de tarta y se

compró un bolso y unos pañuelos, algunas revistas y un libro y se fue al hotel a vestirse.

Una falda no muy corta ni muy larga, negra, y un top que asomaban sus senos de color rosa salmón, sandalias altas, se maquilló, perfumó y su bolso.

Cuando llamó Carlos a su puerta... Se la quedó mirando...

—¿Estoy guapa?

—Muy guapa.

—Tú también. Carlos llevaba unos pantalones negros ajustados y una camiseta negra, pegada al cuerpo ese que tenía de infarto. Y ella sintió un no sé qué, distinto a que fuese su compañero. Ahora lo veía como un tío bueno ¡joder! Si acaba de terminar con Lucas... Y ahora se fijaba en su compañero.

—¿Dónde vamos?

—De tapas y de copas.

—¿Cuántos somos?

—Unos diez.

—¿Van chicas?

—Sí, sus parejas.

—¿Entonces, eres mi pareja?

—Llevamos meses de pareja policial.

—¡Qué guasa!, se te va pegando todo.

Lo cierto es que sus antiguos compañeros eran muy simpáticos. Carlos era el más serio.

—Albert, le decía:

—Tío ¿esa es tu compañera?

—Sí.

—¡Joder!, menuda tía buena. Me encanta el pelo largo. ¿No?...

—No, nada.

—Lo que te pierdes.

Después de comer, fueron a un bar de copas y se tomaron unos chupitos.

Ella tampoco es que bebiera cuando salía, pero se tomó tres y tenía un punto cuando a las dos de la mañana, se despidieron de sus compañeros. Al día siguiente iban a ir solos por la ciudad.

—Creo Carlos que he bebido más de la cuenta.

—Vamos, ahora te acuestas.

—Sola.

—Sola, que yo no voy muy bueno tampoco.

Y cuando llegaron a la puerta de Carlos que estaba antes, ella lo cogió por el cuello y arrimó su boca.

Rocío, mujer ¿qué haces?

—Ummm, me gustaría besarte.

—Venga loca, a tu habitación. Y la cogió y le abrió el bolso sacó la llave y la llevó a la cama, pero ella tiró de él y se cayó encima, lo atrapó con sus piernas y Carlos se puso duro

—Rocío, no traspases esa línea.

—¿Por qué?, le soltó una mano del cuello y la pasó por encima del pantalón tocando su miembro.

—¿Estás bueno? Es grande.

—Rocío... Ah Dios...

Y ella se subió la falda y le abrió la cremallera.

—¡Joder!, y Carlos la besaba, estaba encendido y le ayudó a quitarse los pantalones, y la camiseta, todo fuera y tiró de su falda y de su tanga.

—Ella se levantó el top y se quitó el sujetador.

—Nos vamos a arrepentir mañana, —le decía él.

—Ni por un segundo, y cogía su pene duro y tieso y lo metió en su sexo de un tirón.

—Loca que no me he puesto, ¡Joder, aggg!. ¡Joder Rocío! —y ella lo tenía enrollado entre sus piernas y se movía como él lo hacía, le mordía los pezones y ella gemí y sabía por qué las mujeres gemían por él. Era por su sexo grande y por cómo se movía y hacía el amor, pero lo oyó gemir alto a él y hablar palabras inconexas.

—¡Joder Rocío!, ¡Ay, Dios!, Voy a correrme nena, así no aguanto.

Y ella avivó el ritmo y se corrieron juntos derramándose en ella como no lo había hecho con ninguna.

—Ah Dios mío Carlos, y se quedó sin aliento. El la besaba y se echó a un lado. Al rato se miraron.

—Rocío no me he protegido, ¿lo sabes?

—Tomo pastillas y me protejo con todo el mundo.

—¿Con Lucas?

—Por supuesto, ¿y tú con las chicas?

—También.

—Es la primera vez que lo hago sin protección.

—Y yo, lo siento Carlos, creo que he bebido más de la cuenta.

—¡Ah no!, nada de arrepentimientos.

—No me arrepiento, ha sido genial.

—¿Chispas? —Y ella se rio.

—Algunas.

—Vamos a ver si hay más.

—Loco, y bajó a su sexo y lo lamió y lo chupó hasta hacerla estremecer con otro orgasmo, saltaban chispas, con Carlos el catalán, saltaban. Ese hombre era peligroso. Eso no iba a poderlo controlar ella y lo sabía.

—Eres peligroso para mí.

—¿Sí? no me digas, ¿pues no era soso?

—También, pero te lo digo en serio.

—¿Por qué?

—Porque nunca he tenido este sexo con nadie.

—Yo tampoco, le mordía un pezón.

—Me gustan sus tetas nena.

—Carlos ¿Esto nos va a traer problemas?

—No, ¿por qué?

—Nos cambiarán si lo dices. Vivimos al lado, y nuestra vida es nuestra.

—Pero ¿crees que vamos a seguir haciendo esto a la vuelta de mis vacaciones?

—Seguro que sí.

—¿Y tus chicas?

—No las hay ya, me oirías. Joder Rocío, me gustas.

—¿Te gusto?, estaba con Lucas.

—Y me gustabas, le tenía celos a ese americano.

—En serio, se reía ella y le tocaba la barba. —Y lo besaba.

—Me gusta como besas y me gusta besarte.

Y bajo besando su cuerpo grande hasta llegar a su pene.

—Rocío nena que... no hace fata que...bufff

Pero ella le hacía el amor con la boca y se lo hacía muy bien. Sintió celos a la vez que deseo si pensaba que se lo había hecho al americano...

Pero no puso pensar mucho, ella lo tenía en sus manos y él gemía y se estiraba hasta que despertó como un volcán blanco y breve.

—¡Joder Rocío!

—¿No te ha gustado?

Y ella se levantó a limpiarlo.

Y se tumbó encima de él.

—¡Ay loca que pesas!

—Tonto, no peso tanto, eres muy grande.

—Pero me has matado ya por esta noche.

—¿Tan pronto?

—Qué ¿Con el americano lo hacías mucho al día?

—¿Estás celoso?

—Sí, si pienso que le has hecho lo que me has hecho a mí, sí, mucho.

—A ti también te lo han hecho.

—Sí.

—Pues es lo mismo, pero no, no se lo hacía muy a menudo y lo hacíamos dos o tres veces a la semana. Repetir la misma vez no.

—¿No?

—No. —Y la abrazaba.

—¿Estás abrazando a una andaluza?

—Está buena, me da igual de dónde sea. —Y ella le dio

—Tonto...

—Ay loca. Ven aquí, me encanta el pelo, lástima que lo lleves siempre recogido.

—En el trabajo no puedo.

—Lo sé.

—Ahora estaré diez días sin hacerte esto.

—Así pensamos en ello, esto es una locura, Carlos.

—Sé, que hago.

—Eres un hombre seguro.

—Espero que no cambies de opinión o tendré que hacerte algo más.

Y la puso a cuatro patas y entró en ellas desde atrás.

—¡Ay, Dios!, Carlos y Carlos se volvió pasional agarrando sus pechos y ella se miró de placer con ese hombre, que le hacía el amor de muerte.

Hasta caer juntos. A la cama.

—Dios nena.

—No he tenido tanto sexo junto, déjame ya.

—Pobre, ven aquí a mi lado. —Y ella se abrazó a él acariciando su pecho y

—Él la besaba y ella ponía un pie encima de su cadera.

—¿Esto va a ser serio?

—No lo sé, Carlos, acabo de terminar con Lucas.

—Lucas no ha significado nada para ti, como las chicas para mí, nada.

—¿Y tú sí?

—Eso hay que comprobarlo. Si lo haces protégete.

—No pienso hacer nada con ningún suizo.

—Ni yo con nadie, te esperaré y hablaremos después.

—Además vamos a la playa.

—¿Vas al mismo sitio que yo?

—Por supuesto, ¿Quién crees que soy?

—Un lobo acechando su presa.

—¡Estás loca!, pero sí, esperaba que sucediera algo así, pero Lucas me lo ha puesto mejor.

—¡Ay, Carlos! ¡Qué bueno estás! —y él la acariciaba.

—Rocío la guapa, tú si qué estás buena.

—Y así abrazados, se quedaron dormidos.

—Por la mañana, él se levantó con una erección matutina, y le puso la pierna en su cadera y entró en ella.

—¡Ay, Dios Carlos!...

—Ummm estaba duro.

—Agg, Dios, ay, Dios...

—Muévete guapa, ¡Oh, Dios!, muévete y ella se movía hasta que alcanzaron el primer orgasmo

del día.

—¡Buenos días guapa!

—Buenos días, catalán insaciable. —Y él, se reía.

—Anda vamos que se nos va el día. Y son casi las once.

—¿Esa hora es?

—Esa, necesito una ducha.

—Me la doy contigo. Me llevo la toalla puesta.

—Te van a pillar por el pasillo.

—Si estoy al lado.

—¡Qué loco!

Y en el baño la cogió a horcajadas y la penetró profundo y rápido hasta correrse de nuevo en ella.

—¡Ay, madre mía!, voy a ir a Suiza muerta.

—Duermes en el tren, te gusta.

—Se secó y se llegó la ropa y la toalla puesta.

—Un cuarto de hora tienes para arreglarte.

—Vale.

Y estuvieron viendo la Sagrada Familia después de desayunar, un paseo por Las Ramblas el museo de Gaudí y a la vuelta después de comer él quiso coger un taxi para ver algunos barrios y que los conociera.

Eran las cinco cuando llegaron al hotel. Se tomaron un café.

—Necesito una ducha.

—Ahora voy. —Le dijo Carlos.

Y se fue en chándal a la habitación de ella recién duchado, unos pantalones y una camiseta.

—No pienso salir a nada, ni a cenar, pedimos.

—Necesito dormir, Carlos.

—A eso vamos.

—Desnúdate, me gusta sentirte desnuda.

Y se echaron una siesta hasta la siete, pero luego Carlos no la dejó ni dejó su cuerpo hasta la hora de la cena.

—¿A qué hora sale el tren?

—A las nueve.

—Nos vamos juntos, salgo a las diez para Sevilla, desayunamos en la estación y te dejo en tu tren.

—Vale.

Y esa noche también durmieron juntos e hicieron el amor.

—Sé buena, —y la abrazaba y besaba.

—Soy buena, te gusto.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sé bueno tú, que tienes muchas.

—Voy a dedicarles estos días a mis padres, quizá vayamos a la Sierra de Cazorla y a ver la Virgen de la Cabeza, es de Jaén y quiere verla. Así que nos vemos en la playa.

—Vale tío bueno.

—Anda tonta monta ya. —Y lo beso y se montó y él vio cómo desaparecía Rocío en su tren camino de Suiza.

Había sido perfecto, le encantaba su olor, su sexo, su pelo, todo. No había soñado con ella en vano. Hacer el amor con Rocío sin nada era necesitarla a todas horas. Era caliente y sexual y la quería para él. No sabía cuánto, pero era suya. Nunca había sentido eso por nadie y se le había metido en la piel.

Rocío no se explicaba cómo podía haber hecho el amor dos días después de hacerlo con Lucas y no acordarse de él.

Carlos era un tío caliente y arrollador, era ¡joder!, era lo que deseaba y nunca tuvo. Un poco serio, pero ahora, lo quería en su cama a todas horas y

que le hiciera lo que le hacía, le encantaba su barba, su olor su humor serio, sus manos suaves, besaba muy bien y su sexo grande maravilloso.

¡Joder!, ese hombre sí echaba chispas, y lo iba a tener día y noche a su lado.

Cerró los ojos, quedaban unas horas para llegar a su destino. Y pensaba en las noches anteriores

y se sentía húmeda con solo pensarlo. ¿Cómo iba a hacer nada con nadie, teniendo a su catalán, soso? Y se reía.

## CAPÍTULO CUATRO

Rocío pasó diez días maravillosos en Suiza. Eso sí, se pegó una paliza cultural de un lado a otro, visitando castillos medievales, lagos, pueblos preciosos, cataratas y los Alpes suizos. Paisajes maravillosos y su increíble gastronomía, sobre todo los quesos y el chocolate, del que se llevó unos cuantos para su familia y para Carlos y sus padres. Era lo quería llevar, que no fuese aparatoso ni un regalo demasiado íntimo.

Recordaba las dos noches intensas con Carlos, y aunque disfrutó de su viaje, que fue genial y conoció a algunos españoles en las excursiones, no las olvidó.

Carlos no la llamó, ni un mensaje. Carlos había ido con sus padres a recorrer Jaén, la Virgen de la Cabeza, y se quedaron unos días en la sierra en un hotel con piscina pequeño que él les pagó.

Pasaron por el pueblo de su madre para que saludara a las vecinas que aún la recordaban y a una prima que tenía en el pueblo.

Luego iban a descansar en Sevilla unos días, sobre todo para irse un día antes de que se fuera a La Barrosa Rocío.

Carlos la echaba mucho de menos, pero no la llamó, porque quería dejarla libre y que pensara en lo que habían compartido. Lucas había estado en su vida dos días antes y quizá se hubiese arrepentido y ella echó de menos que no la llamara y pensó que se había arrepentido él. Pero nadie le

iba a estropear sus vacaciones y si él no le mandaba un mensaje, ella tampoco, pero pensar en él, desde luego.

Por fin el día doce estaba en casa, después de un largo viaje, y se iba en dos días a La Barrosa. Sacó todo de la maleta y lavó toda la ropa y la metió en la secadora. Era algo que compró para no tener que planchar mucho.

Mientras se secaba la ropa fue a lavar el coche, llenarlo de gasolina, e ir a Camas a ver a su madre y a sus hermanos, les dio el chocolate que le había traído y a su madre algún regalo para que lo tuviera de recuerdo. Siempre que iba a algún sitio le traía aparte de un imán para la nevera, un detalle. Un pañuelo precioso para el invierno, porque a su madre le encantaba ponerse pañuelos con el abrigo o la rebeca que se ponía.

Se volvió a despedir de ellos.

—Hija te vas otra vez, no paras.

—Ahora voy a descansar, a la playa, me he pegado un tute de andar que vengo muerta, pero le enseñé las fotos que aún tenía en el móvil y a su madre le encantó.

—¿Te vienes mamá a la playa?

—No hija sabes que desde lo de tu padre no voy a ningún lado.

—Pues deberías ir y apuntarte a algunos viajes, que va mucha gente y te lo pasas bien.

—Ya veremos.

—Bueno, un beso, que tengo que darle a la casa, y comprarme algo de playa en el Aire sur.

—Ten cuidado y llama cuando llegues.

—Sí mamá, te quiero.

—Se pasó por el Aire sur y se compró unos bikinis, un bolso de playa, y una gorra nueva, unas gafas de sol, unas chanclas, y algunas cosas más como protección solar y dos toallas de playa nuevas.

Llegó a casa, sacó la ropa e hizo la maleta de nuevo. Luego limpió el polvo y fregó el suelo. Estaba todo limpio. Se dio una ducha y se pidió una pizza, no iba a salir. Estaba cansada.

Y por la mañana no tenía que madrugar, hasta las dos de la tarde, no entraba al aparthotel. Así que se levantó, sacó la basura y desayuno tranquila fuera. Y a eso de las doce y media salió para La Barrosa, la hora de coger habitación y comer en el comedor.

Ese viaje lo había cogido con pensión completa. Iba a descansar todo lo que pudiese esos otros diez días, luego en casa, tranquila lo que le quedara.

Cuando llego aparcó en el aparcamiento del aparthotel y fue a recepción a registrarse. Le dieron su lave y dejó la maleta tan cual, se llevó su bolso y fue a comer. Se llevó una botella de agua. Volvió a la habitación. Era preciosa, la había alquilado con vistas al mar y a la piscina que estaba justo delante de la playa y el patio y dónde se celebraba un baile y las actividades nocturnas. Tenía una puerta en el patio, tras la piscina para salir directamente a la playa.

Eso era lo que le encantaba. Primero sacar la maleta y colocar las cosas.

Y dejó lo de la playa a un lado del armario. Y se desvistió y se echó en la cama cuando llamaron a la puerta.

Se puso un vestido playero y abrió la puerta creyendo que era alguien del hotel y allí estaba su hombre en plena puerta, echado en el marco.

—Carlos...

—Sí, aquí estoy.

—Pero..., y él la empujó para dentro y cerró la puerta, y la cogió subiéndola en su cuerpo hasta pegar su sexo al de ella, y besarla hasta dejarla sin respiración y ella lo abrazaba y devolvía el beso.

—Estás loco, le decía en sus labios.

—Ni lo dudes. guapa

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Sabía que venías hoy, y no te he visto en el comedor, pero sabía que estabas, me han dicho tu habitación.

—¿Y si estoy con alguien?

—Pero no lo estás, tonta.

—Vanidoso.

—¿Has pensado en mí?

—Sí, todo el tiempo.

—Pero ni me has llamado.

—Eso tiene un motivo.

—¿Qué motivo?, bájame al suelo.

—No, estoy duro y tú caliente y no llevas nada debajo. Y el motivo, era saber si te habías arrepentido o si el americano estaba entre nosotros todavía.

—No hay nadie entre tú y yo, tonto.

—¡Joder Rocío! ¡Cómo te he echado de menos!

Se quitó el pantalón corto y la camiseta y le quito el vestido y le levantó una pierna y entró en ella allí de pie, sin moverse, gimiendo como locos.

—¡Ah, Dios Carlos!, ¡Estás loco!, te he echado de menos... agg, madre mía.

Y la besaba y cogía sus caderas para entrar dentro lo que podía en ella, profundo y rápido y se corrieron en seguida.

—El polvo más rápido de la historia —dijo ella.

—Lo has tenido...

—Con chispas.

—¿Qué tonta eres! —Y la cogió en brazos y se la llevó a la cama. Y la besó y abrazó contra su cuerpo.

—¿Algún suizo que debe conocer?

—Te he traído chocolate suizo, en casa lo tengo. Aparte de eso, ninguno.

¿Y tú?

—¿Con mis padres cuándo? Vente encima.

—¿Ya?

—Sí, te necesito más lento. Eso solo ha sido un saludo. —y ella se reía.

Y se colocó encima de él y cogió su miembro ya erguido de nuevo y lo metió en su cuerpo y Carlos gimió.

—Me encanta que gimas conmigo.

—No seas mala, nena.

—¿Soy mala?

—Eres demasiado buena para mí, por eso gimo contigo.

—¡Ay, Dios Carlos!, me encanta tu cuerpo —y él la abrazaba y se movía dentro abriendo sus piernas, lento y chupando y mordiendo sus pezones hasta que sus sexos rozaron y conseguir un clímax que no esperaban. Y se quedó tendida en su cuerpo. Sus pechos en su pecho duro y Carlos con los ojos cerrados.

Ella al rato se puso de lado y se abrazó a él.

—Te he echado de menos catalán.

—Yo a ti también andaluza.

—¿Y tus padres?

—Echando la siesta. Vamos a la playa luego con ellos.

—Sí, y a la piscina.

—¿Te importa que vengan?

—Para nada, son mis suegros.

—Tienes mucha guasa.

—¿No te gusto como novia?

—Me gustas más como mía.

—Es casi lo mismo.

—Me gusta tu culo duro.

—¡Vaya!

—Y tus ojos, son preciosos, ¿quién tenía esos ojos?

—Mi padre. Le decían que tenía los ojos de plata.

—Es que son grises brillantes. Por eso te llaman la guapa.

—Porque le ponen mote a todo el mundo. A ti te llaman el catalán.

—Me alegro de que hayas vuelto, cuéntame algo de Suiza. ¿Qué has hecho?

Y ella le contó que hizo y qué vio y le enseñó fotos en el móvil de todo.

—Es precioso, fíjate que uno nunca piensa en Suiza para ir de vacaciones.

—A mí me encantan estos paisajes, el siguiente quiero ir a Islandia, sé que es caro, pero iré una semana. Es precioso y se pueden ver las auroras boreales. Y tiene miles de cataratas, no muy grandes, pero me gusta. Debe ser un remanso de paz. Ahora que las casitas de Suiza, allí me iba a vivir.

¡Qué bonito!

—Si estamos juntos iremos a Islandia el año que viene

—¿En serio?

—Sí, juntos.

—¿Tú crees que vamos a durar un año?

—No lo sé Rocío, pero, me gustaría, ahora no quiero pensar en eso.

Estamos bien.

—¿Bien cómo?

—¿No quieres salir conmigo?

—¿Como pareja?

—Como pareja aparte de la policía. Doble pareja de ases.

—Bobo. —Y se reía.

—¿Tu novia?

—Llámalo como quieras. Quiero que salgamos juntos y eso implica...

—Sé lo que implica, fidelidad. ¿Por qué te preocupas tanto de la fidelidad?, ¿alguien te puso los cuernos?

—Sí, como a todos, ¿a ti no?

—Claro, en el instituto, sí, un par de tipos, claro. Pero no es que sufriera una barbaridad. ¿Te dejó huella Carlos?

—En la vanidad. Nada más.

—Pues olvídate, ahora tienes a tu Rocío.

—Sí nena, echemos una siesta o no la echaremos.

Y ella se metió en su cuerpo y cogió su miembro.

—¿Qué haces?

—Para que no se escape.

—¡Cómo eres!

—Tú me agarras el culo.

—Anda duérmete —y le besaba el pelo y le dio un beso en los labios y se quedaron dormidos un par de horas. Cuando despertaron...

—Vamos primero a la piscina, y luego a la playa cuando venga la gente.

—En eso coincido contigo.

—Nos vemos abajo.

—Vale, así saludo a tus padres.

Al cabo de media hora, bajó y se sentó en una hamaca entre el sol y la sombra y al rato se metió en la piscina, el agua estaba buenísima, se dio unas cuantas vueltas cuando sintió a su lado a alguien acercarse demasiado y cogerla de la cintura.

—¡Ay, Carlos! loco, ¿y tus padres? Van a bajar más tarde. He puesto una hamaca a tu lado.

—Me tienes controlada...

—Boba y empezaron a jugar en el agua, la tiraba y la cogía y abrazaba y la besaba.

—¡Te voy a matar hombre! Voy a salir un ratito.

Y salieron y se tumbaron en la hamaca, Carlos, se puso de lado y ella le dijo:

—¿Qué me miras?

—Lo guapa que eres.

—¡Qué tonto! ¿Has ido a la sierra?

—Sí nos quedamos en un hotel pequeño con piscina, bajaban a la alambrada los jabalíes y ciervos al anochecer, le echábamos de comer.

—¿De verdad?

—Sí, también fuimos donde hacen la berrea y al nacimiento, la piscifactoría y a Coto Ríos, un pueblo de tres casas, donde tienen camping, a comer, dicen que este año no hay tanta agua, pero algunos años te metes en el río y puedes nadar. Es precisa, me encantó. Y a mi padre, mi madre ya había ido de joven. Estaba encantada, luego fuimos a su pueblo a ver a sus familiares, y por último la llevé al santuario de la Virgen, tiene un río, y es una sierra también, pero la carretera son curvas y curvas, y una carretera superestrecha.

—¡Ay, Dios!, qué miedo!

—Bueno, estuvo bien. Te compré un regalito. Mi madre se acordó de ti.

—¡Qué buena es!

—Sí que lo es. Mis padres se han llevado siempre muy bien, la verdad.

—Los míos también, mi padre era un guasón y siempre toqueteaba a mi madre y debería estar aquí ahora. Mi madre, después de tantos años no quiere salir a ningún sitio, mira que le digo que se vaya a hacer algún viaje.

Siempre contesta que ya irá.

—Podemos llevarla alguna vez.

—Como no la lleve a ver a la Virgen del Rocío a Huelva...

—¿Ah sí? Pues iremos.

—Antes de navidad le gusta comprar un billete de la lotería allí, compra cuatro, uno para cada hijo y otro para ella.

—Podemos hacer un viaje todos. Y les presentamos a mis padres.

—Luego vamos un rato al faro de Matalascañas y vemos la playa, y comemos a la vuelta en Almonte. Hay un sitio que me encanta. Ya verás.

Ese viaje para noviembre o finales de octubre.

—¡Está hecho! Mira bajan mis padres y les señaló con la mano y les preparó unas hamacas.

—¡Hola Rocío guapa!, Carlos nos dijo que venías. —Y les dio un beso a los dos.

—Su hijo es un copión, me persigue.

—Si yo fuera mi hijo —Dijo el padre—, también te perseguiría. —y ella se reía.

—Papá...

—¿Qué pasa? Si es muy guapa.

—Gracias Gerard, ¿qué tal lo han pasado por Jaén?

—Precioso, me ha encantado, la sierra, soy más de sierra que de playa —  
dijo el padre.

—Pero aquí también puede darse un paseíto despacio para la pierna y le viene bien, sin prisas.

—Antonia ha visto a su Virgen.

—Sí, te traje un regalito, te lo daré.

—Gracias, yo les he traído chocolate suizo. Es lo típico.

—Pues como os quedan días de vacaciones, vienes a comer uno.

—Iré. Claro. Estamos programando un viaje para noviembre con mi madre y ustedes al Rocío.

—¿No tienes padre?

—No Antonia, murió antes de entrar al cuerpo, sabía que iba a entrar, pero no estuvo, murió de cáncer antes. Era también policía local.

—Lo siento hija.

—Hace ya unos años, pero mi madre no se mueve si no la llevo a la Virgen del Rocío. Así que ya lo prepararemos, le gusta traerse lotería para todos nosotros.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Dos y yo la única chica. Uno estudiando. Le queda un año y el mayor tiene un pub con la novia en Camas. Es independiente ya.

—¿Y Suiza? —le dijo el padre de Carlos.

—Preciosa Gerard, mire, —y sentó en su hamaca a su lado. Y le enseñó las fotos.

—Eso es lo que me gusta a mí, montaña y lagos.

—Es una preciosidad, ahora que me tuve que comprar una sudadera gorda, hacía frío en las montañas.

Después de charlar un rato, se metieron en la piscina.

—Tenga cuidado.

—Lo tendré hija.

Y estuvieron un rato.

—Me gustan tus padres.

—Mejor que te gusten, no tendría a nadie que nos lleváramos mal la familia, solo los tengo a ellos. Y ahora a ti. Peor les caes fenomenal.

—¿Les vas a decir que salimos juntos?

—Sí .

—¿Sí?, no te veo...

—Se lo diré, eres tú, no otra.

—¿Y se lo has dicho más veces?

—Ninguna.

—Carlos...

—¿Qué pasa?

—Si no sale bien...

—No pasa nada. Pero se lo voy a decir, en la cena.

Se metieron en la piscina con ellos y jugaba con ella.

—Esos tienen algo Antonia...

—¡Ojalá!, me gusta mucho esa muchacha para nuestro hijo.

—Y a mí.

Luego se fueron un rato a la playa y sus padres fueron a dar un paseo, cogieron una hamaca del

hotel para dejar las cosas, y se metieron en el agua, la gente se iba de la playa y quedaba poca gente. A esa hora le encantaba estar ella allí.

Él la metió para dentro la cogió en brazos y ella abrió sus piernas.

—Carlos no pensarás...

—Calla y no pienses, apartó su bikini, la parte de abajo y metió su miembro dentro y a ella le brillaron los ojos.

—¡Oh, Dios! decía en su hombro, y el movía su cuerpo bajo el agua, y estallaron entre el agua salada.

—¡Joder Rocío, ha sido...

—¡Dios mío!, es la primera vez que hago esto, hay gente.

—No queda nadie.

—Pueden habernos visto.

—Mira, ¿tú crees?

—No.

—Gente corriendo niños en la playa lejos y una familia a los suyos. Y nosotros a lo nuestro.

Eso es, dentro del agua ni se nota.

—Vienen tus padres.

—Pues al agua.

—Loco... —nadaron un rato, y salieron. Dieron un paseo y mientras sus padres se bañaban en la orilla.

—Mi padre me da pena con la pierna. Espero que no se caiga.

—Es arena la playa, no tiene piedras. No lo trates como un inútil.

—Sí, a veces me preocupo.

—Ya nos vamos —dijeron los padres

—Sí, o no cenamos. Venga nos vamos.

—¿Vas a cenar con nosotros Rocío?

—Claro. Nos esperamos en el tiempo que quieran en la entrada.

—Media hora —dijo Carlos.

—Vale, y así comemos juntos.

—¡Hasta luego!

Y ella se fue a su habitación, en la misma ala, pero en un piso distinto, estaban ellos.

A la media hora estaba todos vestidos en la entrada de la cena.

—¡Qué guapa!

—Hay baile después.

—¡Ah ya nosotros hoy estamos cansados!

—¿No se toman un cafelito siquiera?

—Bueno un ratito.

—Hay que aprovechar Antonia.

—Venga vamos a cenar.

Y se sentaron en una mesa de cuatro. Se sirvieron y cuando comían, Carlos le dijo:

—Estamos saliendo juntos.

—¿Qué? —dijo el padre.

—Que estamos saliendo Rocío y yo.

—Pero hijo ¿desde cuándo?

—Antes de que se fuera a Suiza, pero lo hemos confirmado hoy.

—¡Dios mío hija! —dijo la madre, ¡cuánto me alegro! —y se emocionó.

—Vamos Antonia, por Dios, solo estamos saliendo.

—Pero es que Carlos no nos ha presentado nunca a ninguna chica y nos gustas tanto...

—A mí también y estoy aquí —dijo Carlos. Y se rieron.

—Sí, espero que nos vaya bien, no queremos decir nada en el trabajo, porque no quiero que nos cambien.

—Eso por supuesto.

—Estamos muy bien juntos, trabajamos muy bien, somos vecinos y ahora salimos.

—¡Que alegría nos das, hijo!

—¡Ay, Dios Gerard! —decía la madre toda emocionada.

—¿Qué?

—Di algo.

—Si fuera joven también elegiría a una andaluza morena y guapa.

—Papá, la elegiste.

—Sí. —Y se rieron, lo sabía, —y mi hijo espero que no sea tonto.

Sus padres estaban encantados con ellos, pero ya su madre sabía que a su hijo le gustaba Rocío, no era tonta y era su madre.

## **CAPÍTULO CINCO**

Esos días que pasaron en la playa eran maravillosos y sus padres sabían que dormía con ella, tontos no eran y él, les dijo que si ocurría algo lo llamaran al móvil, que estaría con Rocío -ya eran mayorcitos.

Pero fueron bonitos días, comían juntos los cuatro, paseaban, piscina y mar, siestas y ellos a veces se quedaban por la noche a tomar una copa y se apuntaban a las actividades de día y sobre todo de noche.

No le gustaba mucho bailar a Carlos, salvo las lentas, pero ella sí que se iba a bailar todo lo que le gustaba. Y él la miraba, miraba lo feliz que era y no por él, ella era una mujer feliz por naturaleza. Y se estaba enamorando, como un tonto de ella. Tenía todo lo que le gustaba en una mujer. A pesar de que él, era más soso, lo reconocía, ella lo acariciaba y lo abrazaba, pero él no se quedaba atrás. Con otras mujeres nunca le había pasado, pero con ella era cariñoso y romántico y detallista.

Cuando volvieron de las vacaciones, lavó toda la ropa y empezaron su rutina de correr por las mañanas, ir al gym, para no ir por la tarde hasta que empezaran a trabajar, desayunaban fuera y se iban a duchar. Ella recogía su casa y él también, fueron juntos a hacer una compra al super y uno de los días a comer a casa de los padres de Carlos, les llevó el chocolate que ya le había dado a Carlos y él le dio una medallita de la virgen y su madre unas velas preciosas y unas piedrecitas con la virgen para que le diera suerte.

Por las tardes comían juntos hacían la comida en casa de ella o de él, y echaban la siesta, hacían el amor y dormían juntos en casa de uno u otro, y a veces iban a Camas a tomar algo por la noche.

Empezaron en septiembre y la vida empezó de nuevo para ellos, sin cambios en el trabajo, salvo

algunos golpes que se llevaban. Y cuando ella lo recibía él se preocupaba demasiado.

—Carlos, es normal.

—Pero te ha dado fuerte, cielo.

—Como siempre, estaré dos días dolorida y se me pasará.

—¡Joder nena!, ahora sufro.

Y ella lo besaba. La verdad es que la delincuencia había aumentado durante el verano y se calmó un poco.

—Hasta Navidad, ya verás —le decía ella.

Un día que fueron a camas él subió a su casa y se lo presentó a su madre.

—¡Hola, mamá!

—¡Hola, hija!, ¿a quién traes?

—A mi compañero de coche, es catalán, fino, —y él se reía—. Se llama Carlos y estamos saliendo.

—¡Hija, no me dices nada!

—Mamá, te lo estoy presentando.

—Pasa hijo.

—Pasa, te va a hacer la ficha policial.

—¡Qué mala es! —le decía la madre a Carlos. —¿Queréis un cafelito?

—Sí mamá, un cafelito.

Y se sentaron en el salón y la madre le hizo miles de preguntas.

—Te lo dije.

—No me importa señora Carmen.

—¿Y vives al lado de mi hija?

—Sí, así la protejo doblemente.

—Me gusta este muchacho.

—Los hermanos ya lo conocen.

—Y yo la última.

—Mamá, no te quejes, el do mingo que tenemos libre vamos a ir al Rocío a ver a la Virgen. ya estamos en noviembre.

—¿Vamos?, —dijo la madre ilusionada.

—Sí, sus padres tú y nosotros. Te van a gustar y vamos a ver la playa y luego comemos en Almonte, en el sitio de siempre, para enseñárselos a los padres de Carlos. Venimos a por ti a las nueve, desayunamos y nos vamos.

—¡Ay qué ilusión!, tengo que sacar para comprar la lotería.

—Puedes pagar con tarjeta.

—¿Se puede?

—Pues claro.

—Bueno, yo saco el dinero.

—¡Ay que ver cómo eres!

—Que me lo saque tu hermano del cajero.

—Que te lo saque Sergio, pero no lles mucho, que invito yo a la comida.

—La gasolina...

—Mamá, te preocupas por todo, gasolina le echamos al coche.

—Hija, nunca me dejas pagar nada.

—Porque eres muy guapa, ya lo sabes, y mi madre.

—¡Que tonta es mi hija! Pero es tan guapa y tan buena hija...

—Si señora lo es.

—Quiero que me la protejas, mi hijo.

—Lo hago doña Carmen.

—No me llames doña, por Dios, Carmen solo.

—¡Está bien!

Y cuando se fueron le dio dos besos.

—¡Por Dios! ¿Qué alto y qué guapo! Venid cuando queráis.

—El domingo a por ti a las nueve.

Y el domingo recogieron a sus padres a su madre y desayunaron en Camas, en la Morgana, una cafetería frente al Centro de Salud, de estilo vintage.

Presentaron a los padres y enseguida hubo una buena química entre ellos.

Pasaron un buen día en el Rocío, allí estuvieron el tiempo que quisieron, se echaron fotos, pusieron velas y a los padres de Carlos le encantó, había agua y flamencos en las marismas y los caballos.

Vieron a la virgen, compraron la lotería y detallitos y dieron un paseo.

Después fueron a la playa y se sentaron en la parte alta en unos bancos de madera cerca del pequeño faro azul y blanco al que fueron a ver.

Mientras los padres se quedaron allí sentados hablando de sus vidas, ellos bajaron a playa a dar un paseo.

—Se llevan bien —dijo Rocío paseando por la playa.

—Sí preciosa, a mi madre la llevas a un santuario y es feliz y a mi padre les ha encantado las marismas me quería dar dinero para la gasolina.

—Bueno, solo han comprado la lotería, y los recuerdos.

—Yo pago la comida.

—La pagamos a medias, loca.

—No, Carlos, has pagado la gasolina y yo dije que pagaba la comida.

—¡Está bien! Paga la comida. Luego dirás que soy un catalán agarrado.

—¡Que tonto! agarrado a mis tetas estás siempre.

—Y a otra cosa —y la besaba.

Y la alzó en vuelo y la besó de nuevo.

Y sus padres desde lejos lo vieron.

—Se quieren, me gusta tanto su hija..., Carmen.

—Sí es una buena chica, pero me da miedo su trabajo.

—No pasa nada mujer. Es el trabajo que han elegido.

—Sí, pero Sevilla es peligrosa.

—Como cualquier sitio, hasta en los pueblos pequeños hay peligro —  
decía el padre de Carlos.

La comida les encantó. El dueño, un hombre bajito parlanchín y rechonchete del restaurante, los metió en la cocina y les enseñó la comida, las fuentes de comida y ellos eligieron y se la llevaron a la mesa, tomaron postre y café y vieron una bodega que el hombre tenía al lado en un patio exterior.

—Y tomaron rumbo a Sevilla.

—¡Qué buen día hemos pasado! —decía Antonia.

—¿Mañana trabajáis? —le decía el padre de Carlos.

—De noche, esta semana tenemos noche hasta el sábado.

—No me gusta la noche —decía Rocío.

—Tenemos que hacer turnos. —Le contestaba Carlos.

—Bueno, tened cuidado. —decía Carmen.

Llegaron a Camas y dejaron a la madre de Rocío, la abrazó.

—¿Te lo has pasado bien mamá?

—Muy bien. Me encanta la familia de Carlos, son gente sencilla, como nosotros.

Sí, te quiero, me esperan abajo.

—Ten cuidado hija.

—Si te llamo todos los días... Y vengo de vez en cuando, casi todas las semanas.

—Te quiero hija.

—¡Adiós, mamá!

Y se fueron a Sevilla, dejaron a los padres de Carlos y llegaron a casa.

—¡Ah, estoy cansada! Voy a darme una ducha.

—Ahora voy.

—Vale, dame media hora al menos.

—No te vistas.

—¿No? —rio ella.

—No demasiado.

Y a la media hora estaba en su casa, haciéndole el amor como loco. Así pasaron la tarde, pidieron cena y se durmieron bien tarde. Ella bajó a su

sexo como a él le gustaba y el bajó al suyo y no quedó un vestigio de sus cuerpos que no tocaran.

—Vas amarme, veras esta noche...

—Hay que echar siesta, si no, ya verás.

Y se hicieron una ensalada y una pechuga de pollo para el mediodía y en la cena jamón y queso y se fueron al trabajo esa semana, de noche. Así que dormían de día, iban a gym corrían y dormían.

Las noches, no le gustaba a ninguno, era acumular sueño y parecía que no te daba tiempo de hacer tantas cosas.

Y llegaron las Navidades y se repartieron los días para cenar en casa de uno u otro y los Reyes y tuvieron turnos como siempre, pasearon por el alumbrado, vieron el mercadillo de Navidad. Pusieron un árbol y los regalos para todos. Y su vida era maravillosa.

Y pasaron los meses y llegó de nuevo la Semana Santa, la feria, y las vacaciones de verano y se fueron a Islandia como tenían programado del año anterior. Sus cumpleaños, Carlos 33 y ella, 29.

—Llevamos ya un año saliendo, guapa.

—No te has cansado porque te vienes conmigo a Islandia. ¿Dónde vas con tus padres este año?

—Se van solos.

—¿Se van solos?

—Sí, tienen un viaje programado.

—¿En serio?, ¿dónde?

—A Marbella, a una casita. Quince días.

—¡Jolines, con mis suegros!, se van quince días, cuando vengamos no están.

—¿Y dónde vamos nosotros de playa?

—Vamos a Almería o a la Manga.

—Almería, el año que viene a la Manga, —dijo Carlos.

—Pues reservamos ya que venimos a sacar Islandia.

—Venga. Lo dejamos todo listo.

Y una semana antes de las vacaciones tenían su programa hecho.

—Llevamos un año saliendo, ¿te has dado cuenta? ¿Te has cansado de mí?

—No me he cansado, es la relación más larga que he tenido, nena.

—Yo también, no te dejare, estás muy bueno y conozco tu cuerpo palmo a palmo. Y me encantas Catalán.

Y así pasó otro año, y ese fueron a Noruega. Y a la Manga. Y al Rocío, con los padres era ya una rutina cada año.

Carlos tenía ya 34 años y ella, cumplió 30.

Llevaban saliendo dos años y estaban como el primer día de enamorados. Y aunque se enteraron en la central, no los cambiaron. Así que

no tenían nada que ocultar.

Carlos pensó en regalarle en Noruega un anillo de compromiso, tenía ya 34 años, estaba seguro de que la quería, se lo iba a decir y casarse después de Navidades o cuando ella quisiera, que pusiera la fecha. El problema es que tenían que buscarse un piso o comprarse uno, entre los dos, que era lo más lógico. Y no pagar ya más alquiler.

Y allí, en uno de los fiordos, una noche que veían una aurora boreal por la ventana del hotel, él le dio su anillo de compromiso.

—Ábrelo.

—Carlos...

—¡Qué!

—Es un anillo, esto significa...

—Esto significa que te quiero, que es hora de que me case con la mujer más bonita del mundo y quiero ser correspondido y lo aceptes.

—Pero es precioso...

—Bueno, ya sabes soy rácano catalán.

—¡Bobo!

—¿Qué me dices?

—Que te quiero, mi amor, claro que sí me casaré contigo. Pensé que nunca me lo pedirías.

—¡Tonta!

—Es broma, no me lo esperaba de verdad, estamos bien así.

—Quiero casarme contigo, Rocío.

—Nos casaremos. ¡Ay, Dios!, te quiero —y la cogió en brazos y se la llevó a la cama y le hizo por primera vez el amor a su prometida. Entró en ella sin tardanza dejando su lluvia joven en su vientre en un vaivén lento y cotidiano.

No podían ser más felices.

—¡Ay, nene! lo que te quiero, me voy a casar con un catalán con los andaluces graciosos que hay.

—Ven aquí nena, nadie te hace esto como yo.

—¡Ay, Carlos... ¡Dios, Dios no!... agg, por Dios, nene.

Luego ella bajó a su sexo, firme y alto hasta dejarlo liviano y alborotado con sus caricias, calientes y húmedos se quedaron en la cama. Se arroparon y abrazaron.

—¿Cuándo quieres casarte Rocío?

—No sé, ahora que lo preguntas...

—¿Este año?

—¿En invierno?

—¿Prefieres la primavera?

—Sí, antes de la feria o después.

—Podemos comprarnos un piso mientras, ir buscando.

—¿Quieres que nos compremos un piso?

—Rocío, pagamos dos alquileres, con eso nos compramos un piso.

—Sí, es lo mejor. En eso estoy de acuerdo, cuando vengamos busquemos por esa zona a ver qué hay.

—Tengo algo ahorrado.

—Yo también.

—Pues ponemos algo, otro poco para muebles y el resto lo guardamos para tener unos ahorros.

—Sí hacemos cuentas, porque el 100 por 100 de la hipoteca no nos van a dar.

—Por eso.

—Bueno, eso lo vemos a la vuelta de las vacaciones.

Y se puso encima de él.

—Tengo un anillo precioso.

—¡Qué mujer más loca voy a tener!

—Es que tengo 30 años Carlos, pero no te quejes, te deseo siempre.

—Y yo 34 y también te deseo siempre.

A la vuelta de la Manga y todas las vacaciones, sus padres ya sabían que iban a casarse y que buscaban un piso, todo el mundo se enteró de que tenía un anillo, toda la comisaría.

Y esa semana se dedicaron a ver pisos por la zona.

Vieron unos cinco o seis, pero había uno que a ella le encantó.

—Ten en cuenta la comunidad y lo que tenemos para pintar y muebles, el resto no se toca,

—Si pedimos que nos lo rebajen para pagar un poco menos...

—A mi ese me encanta, está al lado de estos y tiene cuatro dormitorios, más grande de lo que queremos. La comunidad son cien euros.

—Pero lleva el agua incluida y la basura, y está reformado el edificio.

—Eso sí.

—Vamos a ver si nos lo rebajan —y fueron a la inmobiliaria dónde el chico les había enseñado unos seis y le dijeron que le gustaba ese, pero querían que les rebajaran para los gastos de inmobiliaria y pagos. Y unos diez mil euros, le rebajaron. Y cuánto le saldría así la hipoteca.

Y lo compraron, pagaban con la comunidad la mitad de uno de los sueldos. Ellos ganaban bien y lo pusieron a 20 años. Si juntaban, iban quitando.

Mientras empezaron a trabajar, les pintaron la casa, los padres de Carlos estaban al tanto de los pintores y los arreglos que querían hacerle. Tenían ese dinero para los gastos.

Una vez que la tuvieron pintada, se llevaron sus muebles, eran prácticamente nuevos y casi

decoraron la casa, con lo de los dos pisos, aunque compraron algunos muebles más y dejaron lista la casa, preciosa. Y

se cambiaron antes de Navidad. Lo tenían todo listo.

Y empezaron a preparar la boda para mayo. Iban a casarse en Camas y celebrarlo en una finca en Gines, un pueblo del Aljarafe.

Y llegó febrero y quedaban tres meses para la boda.

Estaban cansados de tanto preparar cosas, pero animados por la boda. Su hermano pequeño estaba trabajando ya en una empresa de informática.

Pero todo se tumbó en un anoche en la que tenían ese turno y hubo un robo, en una tienda de deportes. Mientras pedían refuerzos, ellos fueron los primeros en llegar y al bajar, se llevó un tiro Rocío en el lado izquierdo debajo de corazón y le tocó una de las costillas y cayó fulminada.

Carlos con el resto de los compañeros llamaron a una ambulancia y cuando apresaron a los ladrones, unos habían escapado y apresaron a dos, la ambulancia llegó y uno de los compañeros se llevó el coche de ellos a comisaría y Carlos fue con ella en la ambulancia.

Iba en coma y no sabía si la bala le había atravesado un pulmón o tenía derrames internos.

—¡Vamos pequeña no me dejes ahora!, —casi lloraba Carlos.

Entraron en urgencias y lo dejaron fuera. Llamó a la familia de Rocío y a sus padres, preocupado y emocionado, echando algunas lágrimas y en menos de media hora todo el mundo estaba allí, unos llorando otros consolando, pero Carlos estaba con los nervios desquiciados.

—Vamos Carlos, no tienes la culpa, le decían sus cuñados, saliste del coche cuando ella. si tu hubieras salido por ese te hubiesen dado a ti. Nunca se sabe

El tiempo se hacía eterno, Carlos no quería tomar nada y la madre de Rocío no paraba de llorar. Y a las cuatro horas, casi a las seis de la mañana el cirujano salió y se levantaron todos en bandada.

Bueno, afortunadamente hemos sacado la bala y no ha dado en ningún órgano. Ha tenido mucha suerte, porque además era muy por debajo del corazón y del pulmón. Y la suerte fue chocar con una costilla, que la tiene

rota. Es lo único. Se la hemos sacado con mucho cuidado para no destrozarse la costilla. Esta soldará, pero le faltará un trozo, lo cual no lo va a necesitar para nada, la hemos limado.

Esperemos que, en un mes o mes y medio, se haya soldado la costilla, la hemos colocado en su sitio al extraer la bala, pero tiene que soldar. De todas formas, el golpe de la bala es lo que es, la velocidad también y el choque, y quizá esté algunos días en coma, es normal no se preocupen, le vamos a hacer radiografías cada dos días para ir viendo el progreso. Pero no haya peligro. Pueden irse a descansar, conque se quede uno es suficiente. Tiene una habitación para ella sola.

—¡Dios mío gracias! —decía la madre llorando.

—Venga mamá nos vamos —le dijo Rafa.

—Yo me quedo decía Carlos.

—Pero si has estado toda la noche y entras de noche hijo.

—Me quedo dormido. Me echo en la otra cama por si despierta.

—No, te vas, le dijo su cuñada Alba, esta noche me quedo yo.

—Pero Alba, no voy a poder dormir de todas formas.

—Lo intentas, ya has oído al doctor, al menos descansas y te duchas.

Puedes venir un rato esta tarde.

—Vale Alba, quédate tú esta noche, el pub está cerrado —dijo Rafa —el resto nos vamos. Mañana que se venga mamá por la mañana, la traigo y me llevo a Alba.

—Yo vengo antes de entrar al trabajo —dijo Carlos.

—Vale. Así nos vamos turnando.

—Lo que mataba a Carlos era que estuvo una semana en coma, no tres días como decía el médico, que le decía que no se preocupara, que la velocidad era la que era. Y el tiempo llevaba su curso.

Que la costilla iba soldando bien, aunque estaba astillada, pero mejor que estuviese dormida con el suero y no sentiría tanto dolor.

En su sueño, mientras estaba en coma, su padre estaba a su lado y le cogía la mano.

—Papá.

—¿Qué pasa mi niña?

—Quiero un helado.

—¿De chocolate?

—De chocolate y nata y damos un paseo.

—Ya eres una mujer.

—Papá, tengo diez años.

—Preciosa, ¿aún quieres ser policía como yo?

—Sí, quiero tener ese uniforme.

—Lo tendrás, pero no podré verte vestida el primer día.

—¿Por qué? —miraba a su padre con la curiosidad de una niña.

—Estaré de viaje.

—Pero luego vendrás ¿no?

—No hija ya no vendré. Pero estarás muy bien.

—Me quiero ir contigo.

—No puedes cielo, tú irás mucho más tarde donde yo voy.

—¿Y dónde vas?

—Muy lejos.

—¿Mamá también?

—Muy a mi pesar no. Ella va a cuidarlos. Además, tú vas a casarte pronto.

—Papá tengo diez años.

—Es verdad, pero te casarás y va a tener hijos.

—¿Cuántos?

—Dos.

—Seguro que alguno quiere ser policía como nosotros.

—Los dos.

—¿Los dos?

—Sí.

—Querrán ser como yo.

—Y como su padre.

—¿Mi marido va a ser policía?

—Va a ser policía y trabajará contigo un tiempo.

—¿Por qué un tiempo?

—Cosas de la vida.

—¿Es guapo?

—Es alto y guapo, como mi niña.

—¡Adiós, papá! ya me he manchado el vestido...

—Siempre te manchas. tu madre no va a decirte nada, sabe que siempre te manchas de chocolate.

—¿Nos vamos al parque? Sergio no ha querido venir.

—Vamos un ratito.

—¿Papá como es ser policía?

—Ayudas a la gente.

—Yo quiero ayudar a la gente.

—Pero debes tener cuidado siempre y mirar a todos lados, debes tener un radar.

—¿Eso que es?

—Eso son cinco o seis ojos.

—Si solo tenemos dos. —Se reía Rocío.

—Es verdad, pero tendrás que multiplicarlos.

—Sé multiplicar bien.

—Lo sé, hija.

—Papá ¿por qué te tienes que ir a otro lado?

—Porque necesito ayudar en otro sitio.

—¡Ah!

Y veía irse a su padre, abrazarla y a ella quedarse sola en el asiento del parque...

—Papá, papá, no te vayas, me da miedo papá ven...

Carlos una tarde al terminar el trabajo, se duchó y se fue a estar con ella, y Rocío, despertó, llamando a su padre y llorando.

—Cielo...

—Papá...

—No cielo soy Carlos...Dime cariño.

—Estaba con mi padre en el parque, y era pequeña. Me dejaba sola...

—Tendrías un sueño, pero al fin has despertado mi niña.

—Quiero agua, tengo sed.

Y Carlos, le preguntó a la enfermera y le dieron agua.

—¿Qué me ha pasado?, ¿dónde estoy?

—En el hospital mi niña, te metieron una bala.

—¿Una bala? Preguntaba desorientada.

—Sí, afortunadamente te dio en una costilla, no te toques, la tienes astillada.

—Me duele...

—Sí, te quedarán unos días más de dolor mi amor.

—No recuerdo...

—Ya lo recordarás, era el turno de noche.

—La tienda de deportes...

—Exacto.

—Ya no recuerdo más.

—Caíste a plomo, no sé no como no te diste en la cabeza, caíste de lado.

—¿Cuánto llevo aquí?

—Doce días.

—Doce días dormida...

—Sí, cielo, pero ya estás despierta, solo te queda soldar la costilla, te hacen radiografías cada dos días. Te pilló una costilla y se quedó ahí la bala, toda una suerte, nena. Solo tienes un agujerito.

—¡Ay, Dios mi amor!, que nos vamos a casar. —recordó

—Y nos casaremos, aún quedan dos meses, y el médico te da uno para estar lista.

Y empezó a llorar...

—No llores, sabes lo mal que lo he pasado, todos lo hemos pasado mal, cuando te dieron creía

que habías muerto nena. Y solo pude llamar a la ambulancia y actuar.

—Lo que tenías que hacer.

—Hasta que llegó ayuda. ¡Ah, Dios si te pierdo!

—Pero no tengo nada más que un agujerito...

—Tonta.

—Un agujerito que me duele un huevo. —Y él se reía.

—Mañana te ve el médico, me quedo esta noche.

—¿Si conmigo? —Y la besó.

—Mi catalán, mi amor, me quiero ir a casa.

—Mi niña guapa andaluza... Ya nos queda poco, ya verás.

## **CAPÍTULO SEIS**

Una vez que salió del coma, pasaban los días, y la gente a verla, sus compañeros, su familia, amigas. No faltó nadie. Descansó mucho ese mes y dormía bastante por las mañanas.

La última radiografía que le hicieron y la analítica salió perfecta.

Ya no tenía dolores, solo unas pequeñas molestias que pasarían con el tiempo, le dijo el doctor.

Estaban Carlos y ella cuando el médico les daba el último parte.

—Ahora tengo una noticia importante que darles.

—Díganos doctor.

—Lleva aquí un mes y medio y estoy deseando irme a casa.

—Y se irá, se irá mañana. Sin embargo, el alta no puedo dársela hasta dentro de unos meses, tendrá que venir cada mes.

—¿Cuántos?

—Hasta al menos primeros de septiembre.

—¿Y qué voy a hacer ese tiempo?

—Descansar, pasear y se va de vacaciones, playa y natación sin esfuerzos.

—Vale. ¡Dios mío! me aburriré.

—No lo creo. Ahora la noticia que iba a darles.

—Dígame.

—¿Toma pastillas anticonceptivas?

—Sí, tomaba, la última la noche del accidente.

—Y se paró.

—Sí, claro. Si he estado en coma...

—¿E hicieron el amor ese día?

Y se miraron.

—Sí, antes de ir al trabajo.

—Pues está embarazada de seis semanas, justo cuando las dejó.

—¿Qué estoy embarazada? —y ella miró con miedo a Carlos porque no sabía si él quería hijos, nunca habían hablado de ellos.

—¿En serio? —dijo Carlos.

—Sí, señor. Viene con una costilla rota y se van con un bebé.

—Por Dios doctor, ¿es verdad?

—Tan verdad. —Y le dio la ecografía. La primera de su primer bebé.

—Bueno, los dejo que asimilen la noticia. Este es el alta del hospital y la baja siguiente para el trabajo. Mañana puede irse por la mañana. Y

enhorabuena, me alegro de que no haya sido nada de gravedad.

—Solo tengo dos puntos.

—Con eso basta.

—Carlos...

—Dime pequeña...

—Vamos a tener un bebé antes de casarnos.

—Sí, esto es genial, aunque lo tendremos después.

—¿En serio quieres tener un niño?

—Pero mujer tengo ya 34 años.

—Me voy a casar embarazada.

—Por una causa justa. ¡Ay mi niña, vamos a tener un bebé! Estoy contento.

—¿En serio?

—De verdad tonta. Ya verás la familia.

—¡Ay, Dios!

—¿No quieres, nena? —le dijo serio Carlos.

—Sí, pero ha sido tan imprevisto. Un niño y se tocaba la barriga. Mi padre me dijo que tendríamos dos y policías.

—¿En serio? No quiero un hijo único. Nuestro bebé, preciosa.

—¡Ay, Dios! y se emocionó.

—Vamos, tenemos que casarnos y poner habitación del bebé ir de vacaciones...

—¡Te quiero Carlos!, ¡te quiero!

—Y yo a ti preciosa. Tengo ganas de saber qué es.

Y se abrazaron.

—Hemos hecho un niño sin querer.

—Con quien mejor que contigo, eres la mujer de mi vida.

—Una andaluza.

—Preciosa, de ojos de plata.

—Mi catalán, tengo ganas de irme a casa.

—Esta tarde tengo trabajo, pero me vengo esta noche contigo y nos vamos mañana. La casa está lista, tengo una chica contratada para limpiar al menos una vez a la semana que no tengas nada que hacer.

—¿Has hecho eso?

—Sí, y así será siempre, nada de limpiar, ya has oído al médico y la familia que venga a echar una mano para el peque, nada más, yo haré la compra. Y tú solo la comida.

—Eres un organizador.

—Lo del bebé no ha sido organizado.

—Pero viene a su casa nueva.

—Eso sí, no me imagino con niños, después de los años solitos que hemos pasado.

—Pasaremos noches sin dormir, —reía él.

—Creo que sí —y se reía.

Al día siguiente llegó a casa cansada y se dio una ducha, él la ayudó y su madre estaba allí haciendo la comida.

Puso una lavadora y ella se tumbó en el sofá lo más cómoda posible.

Cuando les dijeron que iban a tener un bebé, y por qué había sido, todo el mundo se puso en revolución, casi más contentos que ella. Los padres de Carlos estaban locos de contentos.

Pero primero era la boda y quedaba poco para casarse, casi que mientras ella se quedaba en casa, aunque los padres de Carlos iban todas las mañanas con ella, organizaba lo quedaba de la boda y salía con ellos a dar un paseo.

—Ya no me duele casi y voy bien, Gerard.

—Bueno, pero no te esfuerces Rocío, eso ha dicho el médico.

—¡Maldita bala! Y los niños...

—¡Menos mal que fue en la costilla!, si te coge el pulmón —decía Gerard.

—Eso sí, hay que dar gracias a Dios.

—Mañana voy a probarme el vestido, con los zapatos y me lo traigo.

—Voy contigo.

—Mi madre también quiere venir, la trae mi hermano Sergio.

—¿Que te queda ya?

—Ya solo queda ir a probar el menú, el sábado vamos que tiene Carlos libre. Vamos los cinco,

—¿Los cinco?

—Sí, nos ponen una prueba. El resto está todo preparado, la peluquera y maquilladora vienen y tenemos quince días libres después.

—¿Y dónde vais? muy lejos no mujer.

—A París y a Grecia en Vacaciones.

—Eso está muy lejos.

—Pero vamos a Santorini es una isla preciosa diez días, para descansar luego Carlos otros pocos, yo no entro hasta septiembre, voy a entrar con seis meses de embarazo.

—Te dejarán en la oficina.

—Lo más seguro.

Y así llegó el día de la boda, toda una revolución, 100 invitados y la boda fue maravillosa. Pusieron dos autobuses para los invitados y lo celebraron en la Iglesia y después en un salón árabe precioso. La comida magnífica y sus amigos le tenían preparado un baile al final de la comida...

Fue maravillosa y recogieron mucho más dinero del que invirtieron en la boda.

Eso para el viaje.

Ya lo tenemos sacado, para los gastos. Y el de las vacaciones.

Y se fueron a París, la ciudad del amor. reservaron un hotel al lado del Sena, visitaron la torre Eiffel, los campos Elíseos, un viaje en barco por el Sena, el Arco del triunfo, subieron a Montmartre desde dónde se veía toda la ciudad. Cada día visitaban un par de sitios, para que Rocío no se cansara demasiado. Pero fue un viaje precioso, inolvidable. Hacían el amor y salían a da cenar y pasear por las calles de Paris , la café de Paris de Van Gogh.

Vinieron encantados, con regalos para todos. Un detallito.

Carlos empezó de nuevo a trabajar y ella fue al hospital a su revisión.

Debía de ir al médico traumatólogo que la a tendió y al ginecólogo. En junio, le dijo el ginecólogo que quizá el siguiente mes supieran el sexo del bebé.

Y de nuevo llegó Agosto.

Y a los dos días, tomaron rumbo a Grecia. Hacía buen tiempo, estaban a primeros de Agosto y ya sabían que iban a tener una niña. Sobre todo, los padres de Carlos estaban entusiasmados y todo el mundo buscando nombres para la pequeña. Ya lo decidirían a la vuelta de vacaciones.

Así que, al llegar, se quedaron en Atenas unos días visitando los monumentos antiguos y cogieron un barco hasta Santorini, una isla maravillosa donde descansaron y se relajaron con unas vistas maravillosas y un mar azul

Había piscinas en la salida de las casitas, ellos tomaron una y metidos en la pequeña piscina veían el mar.

Hicieron un pequeño crucero por las islas cercanas. Hacían el amor y a ella se le iba notando un

poco le vientre. Carlos estaba loco con su bebida y tenía cuidado de hacerle el amor.

—Que no le pasa nada, que está bien protegida.

—No quiero que pase nada nena, podemos hacerlo despacio.

—¡Está bien!, me desesperas catalán.

—Ya tendremos tiempo mujer. ¡Qué impaciente eres! Ven aquí, si te amo más que a nadie, y me has tenido en vilo.

—¿Te asustaste?

—Cuando te vi tirada en el suelo pensé que estabas muerta, fue algo terrible, horroroso, no quería quedarme sin ti, si me faltaras me, no sé...

—Con el tiempo te echarías una novia. Mejor catalana.

—Déjate de tonterías y encima ya estarías embarazada. No quiero ni pensarlo.

—No lo pienses. ¿Eres feliz conmigo?

—Soy tan feliz que jamás hubiese pensado que mi vida diera este cambio al ir a Andalucía, no quería, la verdad, pero no podía dejar a mis padres solos y ahora ellos son felices y yo también. Y me he casado y voy a ser padre.

—Nos vendrá una niña por Navidades, que lo sepas.

—Creo que cuando cumplas la maternidad te van a dejar un tiempo en la oficina.

—Pues mira no me importa.

—Que te dejen, no quiero sufrir.

—Pero me gusta la calle.

—Ya veremos.

—Lo que me digan, yo cumplo órdenes. Eso me enseñó mi padre.

A la vuelta de sus vacaciones, Carlos empezó a trabajar de nuevo. Le pusieron otra compañera de trabajo, él que no quería mujeres.

Así que esos meses ella los dedicó a dejar una habitación libre para el bebé, no le cambió la pintura, pero fue comprando la cuna, blanca, el cochecito, para paseo, para los coches dos, la bañerita, una cómoda y un armario. Una mesita y una mecedora.

Ya la decoraría con cositas en la pared rosas y violetas.

Entonces compraría también la ropa los biberones y bolsos y lo que le faltaba. Así estaba animada.

Y Carlos montaba las cosas cuando venía del trabajo. Hasta tener todo lo que ella tenía en su lista, de los libros que se compró, agendas, diarios y unos cuantos de maternidad.

Todo lo tenían listo casi, estaban contentos y deseaban ver ya la carita de su niña. Aún pensaban el nombre que iban a ponerle, pero siempre lo dejaban para lo último.

—Mira qué barriga tengo ya cielo.

—Preciosa. Estás bonita con ella.

—Estoy gorda y pesada.

—Pesada eres.

—Que te doy tontorrón.

—Ven, si te quiero, guapa.

## **CAPÍTULO SIETE**

Hasta en septiembre, no entró al trabajo, y como estaba previsto la dejaron en la secretaría a contestar el teléfono y a hacer informes. Estaba de seis meses y a Carlos le asignaron una chica nueva de 26 años, sevillana, que se le fueron los ojos tras él cuando le dijeron que era su compañero.

Y eso lo notó Rocío y por primera vez en su vida sintió celos. Sobre todo, por las noches, cuando iba con Triana toda la noche de guardia.

Estaba inquieta, y la chica no le gustaba nada, era una chula que pasaba por encima de quien tuviera que pasar para conseguir lo que quería y Rocío supo que quería a su marido.

Carlos llevaba raro desde que la nueva chica Triana, entró a la comisaría.

Rocío pensó que era porque no le gustaba trabajar con mujeres, de hecho, salvo con ella, ninguna. Él era así. Y ella también estaba seria.

—¿Que te pasa cielo? —le dijo una noche Carlos.

—Estoy cansada, y no me gusta Triana y menos que sea tu compañera.

—Es nueva y es una compañera, no hay nada más.

—Será porque tú no quieras.

—Cielo, ¿estás celosa?

—Sí, claro que estoy celosa, es joven, es guapa y no se corta un pelo.

—Es una compañera para mí y tú eres el amor de mi vida.

—¿Es de Sevilla?

—Sí, de Sevilla Este.

—¿Vive sola?

—Creo que tiene un apartamento, sí. No porque se lo he preguntado, sino porque me lo ha dicho.

—¿Qué edad tiene?

—26 años.

—Carlos...

—Dime mi amor. esto parece un interrogatorio.

—Te lo voy a decir una vez y te lo voy a decir en serio. ¿No quieres hacer el amor conmigo?

—Pero guapa...

—Calla...No lo haces, no me acaricias como antes y estoy embarazada.

No me importa hasta cierto punto, pero si me entero de que tienes algo con ella, saldrás de esta casa a casa de tus padres o de ella en menos que canta un gallo. Verás a tu hija cuando te corresponda y le pagarás esta casa... Así que ya sabes, vivirás de su sueldo, a ver qué tal.

—No sé por qué dices tonterías. No inventes cosas Rocío.

—A mí, no me digas que digo tonterías, estoy embarazada, pero no tonta y has cambiado. Has cambiado en un mes, desde que vinimos y si sigues así, te irás antes.

—Pero Rocío, no digas tonterías, es una jovencita.

—Por eso te lo digo, te lo piensas bien pensado, pide cambio.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué?, ya llevas tiempo y puedes hacerlo.

—No lo haré.

—Bien, duerme en la otra habitación esta noche.

—¡Joder Rocío!, nunca nos hemos enfadado ¿por qué ahora?

—Dímelo tu. Yo no he cambiado nada. Si tienes algo que decirme esta es la oportunidad que tienes.

—No tengo nada que decir porque no hay nada.

—¡Está bien! ¡buenas noches!

—¡Rocío, Rocío! joder, nena...

Y ella cerró la puerta del dormitorio y él, se quedó allí con las manos en la cabeza.

¡Me cago en la puta!...

Y en el sofá durmió toda la semana. Ella ni le hablaba, además no coincidían. Ella iba por las mañanas y él por las noches. Se veían por la tarde, pero ella se iba a Camas hasta que él se iba.

—¿Que pasa hija?

—Mamá —y se echaba a llorar.

—Pero ¿qué pasa?

—Creo que me está poniendo los cuernos con su compañera.

—¿Qué dices? no puede ser Carlos no haría eso, si vais a tener una niña y está encantado.

—Ha cambiado, desde que vinimos de las vacaciones, está distinto, a lo mejor no quiere niños y yo estoy gorda.

—A lo mejor está cansado.

—No, no está cansado, siempre ha sido cariñoso conmigo, es esa tipa, es joven, seguro, me lo ha quitado mamá.

—Nadie te quita nada hija, ya verás, son malas rachas.

—No me da explicaciones ni nada.

—Bueno no te preocupes, que no le hace bien a la pequeña.

—Pero ¿cómo puede cambiar así? eso no es normal.

—¿Has hablado con él?

—Sí, pero no me dice nada. Que no pasa nada.

—Bueno espera un poco y si no vuelve a hablar con él.

Pero la semana siguiente, mientras estaba en la secretaría y recepción, entró Raúl, uno de sus

compañeros de los más jóvenes. Era de su edad, entró en la misma promoción que cuando entró ella y era de Sevilla capital.

—¿Qué pasa Raúl?

—¿Cómo va esa pequeña?

—Es muy buena la verdad. De momento —y se reía.

Y se la quedó mirando.

—¿Qué?, ¿qué pasa? vamos Raúl, si tienes algo que decirme, me lo dices.

—Sabes que no soy de chismes, pero siendo tú, me duele, entramos juntos, estás embarazada y quizá dejes de hablarme después, pero lo siento, tengo que decírtelo.

—¿Qué? ¿Lo de Triana y Carlos?

—¿Lo sabes?

—Me lo imagino, pero él me dice que no y que no...

—No te va a decir que sí.

—¿Los has visto?

—Sí, lo siento.

—¿Sexo?

—Sí, lo siento.

—¿Dónde?

—En el coche aparcado con las luces apagadas. Lo siento mucho Rocío, erais la pareja perfecta, es una arpía.

—A mi ella no me importa, le dije que la cambiara, y no ha querido

¿crees que está enamorado de ella?

—Creo que al menos ilusionado...y a ella se le cayeron las lágrimas.

—Venga salgamos a desayunar.

—He desayunado Raúl.

—Vamos de nuevo.

—Soto, quédate un rato hasta que volvamos.

—¡Vale!

—Venga vamos.

—Por qué?, Raúl, nos hemos comprado un piso, tenemos lo de la niña, nos casamos hace unos meses... no puedo creer eso, no me lo merezco.

Todo iba bien. Bueno me lo creo por cómo actúa en casa. ¿Qué tiene esa mujer un coño de oro?

—Y Raúl se rio.

—Vamos no sé, le habrá pillado con la guardia baja, estás embarazada y a algunos hombres creen hacer daño a los pequeños y...

—No me digas tonterías Raúl.

—Sí, es verdad, es una tontería. ¿Qué piensas hacer?

—Echarlo de casa, que pague la mitad de todo que es para su hija y cuando nazca una manutención.

—Siempre puede arrepentirse.

—Pero yo tengo que pensar las cosas. No solo se trata de él, no estoy para cuando a él le interese.

—¡Joder qué putada!

—No te preocupes Raúl, ya imagina ya algo, pero nunca imaginé, joder, acabo de casarme... quiero a sus padres, estábamos encantados con la niña, aún no tengo ni nombre para ella.

—Le voy a poner como a mi madre, Carmen.

—Me gusta, es bonito.

—Venga nos vamos, siento darte la noticia.

—Ya la sabia o la imaginaba Raúl.

—Y tú qué, ¿qué es de tu vida?

—Pues me he comprado un piso.

—¿Te has comprado un piso solo?

—Sí, fue un chollo, pero lo estoy arreglando habitación por habitación, algún año terminaré.

—¿Eres un manitas?

—El manitas es mi padre, pero, quiero dejarlo precioso, no tengo prisa.

—¿Pero vives en él?

—Sí, voy arreglando habitación por habitación. Ya he terminado las habitaciones, me queda el salón y la cocina. Lo estoy cambiando del todo.

—¡Hijo, qué suerte!

—¿De tres dormitorios?

—De cuatro. He puesto un pequeño despacho, con lectura y juegos y televisión.

—¿Y los otros?

—El dormitorio, otro y un gym.

—¿En serio?

—Sí.

—Eres un portento, bueno me lo enseñarás.

.Eso está hecho.

—Nos vamos, o me echaran del puesto.

—Vamos.

—Gracias Raúl.

—De nada. No sabía si decírtelo.

—Has hecho bien, eres un buen compañero.

—Cuando llegó a casa y Carlos se despertó de la siesta, lo saludó.

—Hombre, por fin me saludas.

—Sí, te saludo, quiero que este fin de semana te vayas de esta casa.

Tienes que pagar la mitad de los gastos hipotecarios y de comunidad, el resto lo pago yo.

—¿Cómo? Se incorporó de golpe en el sofá.

—Lo que oyes, te he pasado a la cuenta la mitad del dinero, la otra la tengo en la mía. Cada uno su nómina y su dinero.

—Pero como tienes una hija, tienes que pagarle la mitad de la casa, y cuando nazca su

manutención. Si no estás de acuerdo, me lo dices y contrató a un abogado.

—Pero Rocío, ¿te has vuelto loca?

—No, te has vuelto tú, te han visto teniendo sexo con ella en el coche con las luces apagadas el miércoles en Triana., donde se hace el mercadillo antiguo a las dos de la mañana.

—¿Qué? pero como...

—¿Es cierto?

—Solo fue una vez y ha sido una tontería Rocío por Dios.

—No sé si ha sido una vez o miles de veces, pero no pienso perdonarlo, así que recoges de mi casa las cosas y te vas.

—Es nuestra casa, ahora es de tu hija cuando nazca. ¿Cómo has podido hacerlo? Se acercó a él y le dio un bofetón que resonó en toda la casa.

—¿Como me haces esto embarazada de tu hija? Yo que te he querido, por un polvo de una jovencita que...

—Lo siento Rocío, perdóname.

—Ahora no puedo, quiero que te vayas, recoge todo el fin de semana, me iré a Camas, cuando vuelva por la noche, no quiero verte, me dejas la llave en la mesita. No quiero verte. No me quedará más remedio si te veo en la central.

Y se metió en el cuarto hasta que él se fue. Después se ducho y lloró y cenó y llamó a los padres de Carlos. Y se lo contó.

—Lo mato, —dijo el padre.

—No, Gerard, quiero estar sola, él es grandecito para elegir. No entiendo cómo ha podido hacer eso, no... cuando quieran pueden venir a verme, sin que él lo sepa y a la niña, que le voy a poner Carmen, también, pero no quiero ahora saber nada de él, que haga lo que considere.

—¡Ay, mi hija!, —lloraba la madre.

—Tú sola ahí embarazada...

—No pasa nada tengo a la chica. Y luego estoy cuatro meses con ella, cuando empiece a trabajar, le busco una guardería.

El fin de semana cuando volvió de Camas y haber llorado con su madre, volvió a casa sola.

Se había llevado todo. Si la hubiese querido no lo habría hecho, pero lo hizo.

Ni una nota, ni un mensaje de donde se quedaba.

Lo veía poco en la central si coincidía, iba con Triana, y ella iba demasiado contenta y la miraba como diciéndole: te lo he quitado.

Y ella bajaba la cabeza.

A veces, Carlos, se acercaba a ella para preguntarle cómo estaba.

—Tú pasa todos los meses los mil euros y estaré bien y cuando tu hija nazca mil doscientos y cuando vaya la guardería, mil trescientos. —Y él apretaba la mandíbula.

—¿Eso quieres, dinero?

—No, quiero a mi familia. Pero cuando quieras el divorcio...

—No voy a divorciarme.

—¿Ah no?

—No, ni loco.

—Tengo trabajo —le decía ella.

Y por sus padres se enteró que vivía con ella. Su madre no paraba de llorar.

—Vamos Antonia mujer, yo no quiero llorar por la niña. Si quiere vivir con ella que lo haga, solo quiero lo que me corresponde para mi hija. Ya se cansará de él.

—Pero si te quería...

—Me quería, sí, en pasado, ahora ya no me quiere.

—No quiere el divorcio, como si no se lo fuese a pedir tras la maternidad.

—¡Ay, hija espera por si se arrepiente!

—No voy a volver con él Antonia. Me ha hecho mucho daño con una hija embarazada.

—Nunca pensé que mi hijo iba a dejarte, eres la mejor mujer para él.

—Se ve que no, que le gustan más jóvenes. No puedo explicarlo aún, qué le ha hecho esa mujer, no lo sé. No lo sé con lo que lo he amado.

—¡Ay mi niña!, por Dios ni llores, que ya mismo vas de parto.

—¡Ay, perdone Gerard! Lo siento.

—Vamos no lo sientas, no queremos ni hablar con él, ni quiere, ha cambiado con nosotros. Apenas viene a vernos ni a preocuparse como antes.

—Bueno no se preocupen, vamos a tomar un cafelito venga.

Y salieron a ver el mercadillo, el alumbrado de Navidad y a tomar un café por la Avenida de la Constitución.

—¿Tú madre cómo está?

—Enfadada, no se lo cree.

—¿Estás bien sola?

—Sí, lo estoy.

—Si quieres nos vamos unos días antes de que te toque dar a luz por si te pilla sola.

—No se preocupen, como mi hermano el pequeño se ha ido a vivir con Estrella su novia, se vendrá unos días, pero los llamaremos, no se preocupen.

—Gracias, hija.

Y el 30 de diciembre vino al mundo Carmen, una niña grande de ojos plateados como su madre, morena, a las doce de la noche. Estaba su madre y sus suegros, el padre tenía noche y no fue a verla ni al salir de trabajar, se fue a dormir y fue el 31 a verla.

La tuvo en brazos un rato y le preguntó a Rocío si estaba bien.

—Estoy bien, sí, gracias.

—Te pasaré doscientos más, el mes que viene.

—Vale.

—Puedes venir a verla cuando me vaya, un fin de semana sí y otro no, llama antes.

—Depende del tiempo que tenga.

—Y de la vergüenza que no tienes.

—Rocío...

—¿Cómo puedes haber cambiado por esa mujer?

—Se llama Triana.

—Muy bien, se llama Triana. Cuando pase la maternidad tanto si quieres como si no, habrá divorcio.

—Muy bien.

Pasó unas Navidades tan tristes..., pero se recuperó enseguida.

La vida continuaba, al menos él le ingresaba mil doscientos euros todos los meses.

Y ella se encargó de su pequeña, los padres de Carlos iban casi todos los días a verla, y cuando pudo sacarla, iba a pasearla. Su madre venía a veces de Camas y ella los llevaba cada uno a su casa.

Tan solo en un mes fue Carlos a ver a su hija, estuvo una hora y se fue.

Me espera Triana.

Y no le dijo ni adiós.

Una mañana se encontró en la farmacia con Raúl, iba a comprar cosas para la pequeña.

—Hombre, ¿a quién tenemos aquí?

—A Carmen, ¡Hola Raúl! ¿Cómo estás?

—Bien y se saludaron.

—Te echamos de menos, mujer.

—Ya me queda menos, dos meses.

—Vas a venir para la Semana Santa y la feria.

—Por supuesto, pero estaré en la recepción, y administración, ya lo sé.

—Mejor, tienes que recuperarte. ¿Y Carmen?

—Pues la voy a meter en una guardería.

—Y qué ¿has terminado tu casa?

—Sí, por fin. Antes de Navidades.

—Ya la hipoteca solo. ¿Quieres subir a verla y tomamos un café?

—¿Pero vives por aquí?

—Sí, en ese edificio.

—Pero si estás al lado de la central.

—Sí, te dije que fue un chollo.

—Pues espera que compre lo de la niña y me la enseñes.

—¿No tienes hoy?

—Día libre, hice el domingo.

—¡Qué suerte!

—No te creas.

—Cuando acabaron, subieron al piso de Raúl y ella se quedó de piedra.

—Pero Raúl, este piso es como los que salen en la tele.

—Sí, se rio él.

—Espera voy a colocar esto.

—Me encanta el despacho. Y el gym.

Y él se fue a la cocina e hizo los cafés

—¿Quieres tarta?

—Sí. Aunque intento perder peso.

—Estás recuperando.

—Pero porque cuando vienen mis suegros, me voy a correr y la gym ya.

—Es una pena ver esa niña tan preciosa. ¿La puedo coger?

—Claro. —Y la cogió en brazos.

—Es como tú Rocío.

—Sí, se parece a mí.

—¿No va Carlos a verla?

—Ha ido una vez en dos meses.

—¡Joder qué cambio ha dado!, pero se rumorea que ella anda con otro, desde hace dos meses o más.

—¿Cómo?

—Sí, que, aunque tiene a Carlos de compañero tiene a otro por ahí fuera.

—¿Policía también?

—De otra comisaría. De la parte de Viapol

—¿En serio? ¿Pero los dos a la vez?

—En serio y no, solo al otro.

—¿Y lo sabe Carlos?

—Creo que sí, que lo sabe. Al final ha estado con ella ni cuatro meses.

—¡Qué cosas! Pues si vive con sus padres, no me han dicho nada.

—A lo mejor él se lo ha prohibido. ¿Vas a volver con él?

—Ahora ni loca. Yo también he pensado este tiempo y estoy bien sí ahora.

—Pero has salido dos años con él y estás casada.

—Pienso divorciarme en dos meses.

—¿En serio?

—Sí, en cuanto entre a trabajar, le presento el divorcio.

—¡Joder!

—Si no quiere ser marido ni padre, para que lo quiero. Sus padres me dan lástima que vengan a ver a su nieta cuando quieran, pero él cuando le corresponda. Y tú, qué ¿no tiene novia ni nada?

—Salgo con algún a chica.

—¿Qué edad tienes?

—28.

—Eres más joven que yo.

—Sí dos años. Nada.

—¿Quieres que comamos fuera?

—Hace tiempo que no salgo de tapeo al mediodía. Tengo que darle el biberón a la pequeña.

—Pues se lo das y nos vamos.

—Vale lo tengo para calentarlo en el micro.

—¿Cuántos minutos?

—Tres.

—Dame y lo caliente.

Y le dio de comer y cambió la pequeña, le echó colonia.

—Me encanta la colonia de los pequeños.

—Ya nos podemos ir, dame una bolsa y tiro a la basura el pañal.

—Pero mujer...

—Venga no te voy a dejar el pañal.

—¡Qué exagerada eres!

Y salieron a la calle.

—¿Dónde vamos?

—Al Cata, está en República Argentina, está muy bien.

—Si, he ido algunas veces a desayunar, vamos.

Y fueron dando un paseo y charlando.

Y se sentaron dentro, hacía un poco de frio para la pequeña.

Raúl era un tío alto, más joven que ella, por eso nunca se fijó en él cuando entró porque era muy joven. Tenía unos ojos verdes más claros de

los de Carlos, era guapo y era bueno, simpático y se sentía bien con él, al menos la hacía reír. Y el tiempo se les pasó volando. Tomaron café en el café de indias y, luego la acompañó a casa.

—Gracias Raúl, lo he pasado muy bien.

—Repetiremos.

—Cuando quieras.

—¡Adiós chiquitina! —le dijo a la pequeña.

—¡Hasta luego Rocío!, y se acercó y le dio dos besos, y ella se quedó con el olor de la colonia de Raúl y por un momento pensó en él.

—¡Dios qué cosas! No podía ser eso. Estaba enamorada del maldito catalán.

## **CAPÍTULO OCHO**

En enero dejó a su pequeña en una guardería cercana. Al principio los padres de Carlos iban a por ella a las doce y media y le daban la comida. No quería que pasara en la guardería tanto tiempo. Y ella se lo agradecía.

Luego tenía que ir a casa de sus suegros aún, ya que no se había divorciado todavía, a por la pequeña.

Se había enterado y además los veía porque tenía que darles el parte del día a Triana y a él y sabía que habían cortado un par de meses antes. Y

Carlos había solicitado cambio de compañero y estaba a la espera. Se ve que esos meses no le fue bien con Triana.

—¡Hola Rocío? ¿ya has vuelto al trabajo?

—Sí, gracias. Pero ya lo sabes, ¿no vives con tus padres y ves a la pequeña.

—Sí, tus padres la recogen de la guarde.

—Yo también la recojo cuando estoy en casa. Vivo con ellos de momento.

—¿Ya se te ha pasado el calentón? Cuando quieras nos divorciamos.

Busca un abogado y quedamos una tarde para limar flecos.

—No voy a divorciarme Rocío.

—¿Ah no?, ahora no quieres.

—No, no quiero. No lo hace cuando he estado con Triana.

—Bueno, yo he estado muy ocupada con mi hija, pero desde ya te advierto Carlos, que si me enamoro de nuevo o salgo con alguien el divorcio será efectivo.

—Me tengo que ir.

—Sí vete, eso lo sabes hacer muy bien. — y él la miró con rabia.

—Pero él, le había agachado la cabeza y no lo vio, tenía ganas de darle donde más le dolía hasta matarlo.

En marzo, el jefe le dijo que si quería salir a de nuevo de calle y ella contenta dijo que claro... Una compañera había tenido un esquince y tenía para tres meses.

Así que le dio del nombre del compañero, al día siguiente por la mañana.

Carlos.

No podía creerlo cuando miró el documento.

—Vamos Rocío, eres una profesional, no puedo cambiar a todo el mundo por ello, Triana se ha hecho un esquince y Carlos ya me pidió hace meses el cambio, y ahora se lo puedo dar

—¿Pero conmigo?

—Lo que tengáis es cuestión vuestra, pero el trabajo es el trabajo. Así que me dices si podrás llevarlo bien.

—Lo llevare.

—Así me gusta.

—Pues mañana, a la hora de siempre, por las mañanas.

—¡Está bien!, hasta mañana.

Y cuando llegó a por su hija, les dijo a sus suegros que la habían puesto con Carlos de nuevo.

—Hija, está mal, más delgado, desganado, no lo veo bien.

—Antonia, me dejó por otra de la noche a la mañana, o quizá no fue de la noche a la mañana, estaba embarazada y no fue ni a ver a la niña.

—Si está loco con ella, siempre que está, va a por ella. Y los fines de semana que le toca también, aunque el abuelo vaya a por ella. No sale con nadie y está muy arrepentido, te quiere.

—No me diga eso Antonia, una cosa es que ustedes quieran que volvamos y otra que lo pueda perdonar.

—¿No puedes hacer un esfuerzo?

—Ahora mismo no puedo, si hace apenas dos meses que rompieron...

—No dos no, cinco.

—Bueno los que sean. Aún estoy muy enfadada con él y no quiere divorciarse.

—No hagas nada de eso que te puedes arrepentir, espera un poco. Solo ha salido con ella ni medio año.

—¿Y le parece poco?, ¿qué le parecería que saliera yo con un chico medio año?

—Seguro que no le gustaría, o sí, si le dio igual dejarme...

—¿Por qué no habláis y arregláis las cosas?

—Tendremos tiempo vamos a ser compañeros.

—Hija, te queremos tanto...

—Ya lo sé, y los abrazó.

—Me la llevo, este fin de semana me voy a Camas con mi madre que está sola y quiere tenerla.

—¡Está bien!, la recogemos el lunes.

—Vale si no pueden me llaman. Tengo con su hijo las mañanas.

—Te llamaremos.

—¡Adiós!

Se llevó a su hija, la bañó, comió ella y se echaron una siesta. Al levantarse metió la bolsa que preparaba cuando iba a Camas con la niña y se quedaba el fin de semana y se fueron con la madre.

—¡Ay mi niña bonita con su abuela! —decía la abuela.

—Voy a dejar esto en la habitación.

—Tiene la cunita hecha.

—Gracias mamá.

—Y nos tomamos un cafelito.

—Sí, luego le damos un paseo por el parque.

—Estás muy seria, ¿Qué te pasa?

—Me han puesto en la calle de nuevo.

—No, no me gusta que estés en la calle y ¿dónde dejas a la niña por las noches?

—En la guardería, es de 24 horas. Y me la recogen los abuelos por la mañana, luego voy a por ella cuando me despierte.

—¡Está bien!

—Eso no es lo peor.

—¿Qué es lo peor?

—Me han puesto de compañero a Carlos.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Ay, hija, ¿por qué no lo perdonas?

—¿Tú también?, como mis suegros, mamá me dejó sola embarazada, y en el parto solo fue a ver a la niña una vez.

—Pero habló con sus padres y le dedica todo el tiempo que tiene. Está arrepentido.

—Que lo hubiese pensado.

—Todos los matrimonios tienen que superar cosas.

—Pero unos cuernos así, mamá. Seguro que papa, no te hizo eso nunca.

—Sí, me lo hizo.

—¿Que estuvo con otra?

—Sí, una compañera suya, un año.

—¿Un año? Pero no recuerdo que se fuese de casa.

—Y no se fue, pero estuvo con ella.

—¿Y sabía que lo sabías?

—No, pero tu madre nunca fue tonta y no se lo dejó en bandeja, era mi marido.

—¡Joder, mamá! Ahora no se aguanta eso.

—Eso se aguanta ahora y siempre. Los hombres son así.

—Pero no puedo perdonarlo.

—Date tiempo.

—Estoy feliz con la pequeña y sola. Y con vosotros.

—Necesitas un hombre a tu lado.

—Ya lo tendré, no tiene por qué ser Carlos.

—Es el padre de tu hija.

—¿Y qué?, no será porque no hay padres separados.

—Piensa en tu padre.

—Ahora que me has contado eso, ¿quieres que piense en él?

—Tienes capacidad para perdonar, hija, Carlos es buena persona y sé que te quiere. Esa nena se le metió y los hombres son débiles.

—Si me la hace una vez, no voy a estar segura de que lo haga otra.

—Tu padre no lo hizo más.

—¡Ah! sí y ¿cómo lo sabes?

—Porque cuando acabó se lo dije y le puse el divorcio en plena cara. Y

me prometió que jamás en la vida lo haría. Claro que él no vivió con ella, pero no lo hizo, lo sé. Desde ese día no hubo más mujer que yo para él y sus hijos.

—Mamá quiero matarlo.

—Pero lo quieres.

—Lo quiero y no quiero, tengo dignidad aún. ¡Maldito sea!

—Bueno da tiempo a ver, si no, te divorcias. Venga, vamos a darle un paseito a la peque.

El lunes cuando llegó Carlos, se encontró a Rocío como compañera y se puso nervios, ni lo sabía ni se lo esperaba.

—Sí soy tu compañera de nuevo, ¿algún problema?

—Ninguno.

—Porque si no te gusta, puedes irte de nuevo a Barcelona.

—Rocío déjalo ya.

Y cogió las llaves del coche.

Iban en silencio toda la mañana ella mirando la calle y de vez en cuando él la miraba. Hasta la hora de desayunar no dijo ni pio.

—¿Desayunamos aquí?

—Me da igual —dijo ella.

Carlos aparcó y se bajaron a desayunar.

—Se sentaron en una mesa, y les pusieron el desayuno.

—Carmen está tan guapa, se parece a ti.

—Sí, es una niña muy buena.

—Rocío...

—Qué...

—Lo siento, perdóname. ¿No vas a perdonarme nunca?

—¿El qué?

—Sabes qué.

—Estás perdonado ¿y ahora qué?

—Fue un error por mi parte, no sé ni cómo fui capaz de hacerte eso a y ti y a mi hija, estábamos tan bien...

—Entonces ¿por qué lo hiciste? ¿no me querías?, ¿no tenías sexo?

—Tenía de todo para ser feliz.

—¿Entonces?

—No sé qué me pasó, esa mujer es una...

—Si vas a decir algo malo de ella, te lo ahorras, estamos hablando de ti.

—Pues es algo que hice, y me arrepentía, y me arrepiento y me arrepentiré toda la vida, pero sé algo Rocío y lo tengo claro,

—Dime tomado un sorbo de café.

—Nunca he dejado de quererte y quiero a mi familia, recuperarte a y a mi hija.

—Para que cuando te salga otra me dejes de nuevo. Tengo que estar en solo pensando que te dé un avenate de esos y me dejes.

—Nunca más te dejaré, jamás ni a mi hija. Solo estuvimos tres meses, nada más y hace ya meses que vivo con mis padres y tengo a la pequeña cuando puedo.

—¿Y qué quieres?, me cuesta perdonarte, cuanto más acostarme contigo.

—Quiero volver a casa, si vamos a tener el mismo horario estar con ella siempre y contigo. Mis padres nos ayudan. Me acostaré en la otra habitación.

—¿Y si estoy saliendo con alguien qué?

—¿Estás saliendo con alguien preguntó él mirándola a los ojos?

—Ahora no, pero puedo, como tú.

—No quisiera, pero si no me quieres y te enamoras de otro, Prometo darte el divorcio, no puedo pedirte nada, pero no quiero, quiero que lo nuestro poco a poco se solucione. Tampoco quiero

molestar a mis padres demasiado.

—Tengo ganas de matarte ¿sabes?

—Puedes hacerlo, tienes una pistola.

—Eres un imbécil, ¿lo sabes?

—El peor de todos. Y bien que lo siento. Todo lo que me he perdido.

—Anda apaga, que nos vamos.

—¿Lo pensarás?

—Lo pensaré.

—Gracias, tomate el tiempo quieras.

—Por su puesto.

—Pasaron de compañeros la Semana Santa y antes de la feria, un mes después de que él pudiera volver. A ella le dio pena casi por su hija, y le dijo que podía volver el fin de semana.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Gracias, nena.

—No me digas nena, vas al dormitorio de invitados.

—Lo sé, no me importa.

Carlos, se había vuelto el hombre más educado, detallista y cariñoso tanto con ella como con su hija. Se le veía feliz, aunque no se acostara con ella. Pero él en su vanidad sabía que era cuestión de tiempo y ella también cada vez que veía el cuerpo del hombre que siempre había querido.

—¿Pedimos agosto de vacaciones como siempre? —le dijo él.

—Sí, agosto.

—¿Vamos a ir a algún lado con la pequeña?

—Deberíamos sacarla cerca, sí.

—A Cádiz, a Huelva...

—¿Tus padres van a Málaga?

—Sí se han acostumbrado a ir al mismo sitio, dicen que les gusta.

—Pues vamos a Cádiz.

—¿La Barrosa?

—Me gusta por la arena fina para la niña —dijo Rocío.

—¿Reservo entonces?

—Sí.

—¿Cuántos días?

—Diez.

—¿Y quieres ir a otro sitio? Porque de nuevo juntaron el dinero. Era una tontería no pagar todo con los sueldos.

—Nos vamos la sierra de Cádiz a una casita.

—Eso hay que reservarlo con antelación. Vamos a buscar. Una con piscina que esté cerrada.

Y al final encontraron una y la reservaron otros diez días.

—Ya está todo, primero la sierra y luego la playa.

—Da igual.

—Vamos a ir cargados con tantas cosas de la niña y la playa.

—No pasa nada, el coche es grande.

—El tuyo

—Nos vamos en el mío.

Tenían un problema y era la cama. Solo había una cama de matrimonio y una cuna que pidieron. Bueno, él se encargó de reservarla.

Cuando entraron a la casita rural de la sierra ...

—Carlos...

—¿Qué?

—Solo tiene una cama.

—Dormiré en el sofá, no te preocupes.

—Son dos sofás medianos.

—Me apaño

—Vale.

Una vez que colocaron todo y le dio de comer a la niña, y la peque se durmió, se tumbó en el sofá con un vestido playero.

—Estoy cansada.

—Duérmete. A eso venimos a descansar.

Y Carlos, se tumbó en el otro mirándose.

—¿Era mejor que yo?

—¿Mejor que tú de qué?

—Sexualmente, por eso me dejaste

—Vamos Rocío y han pasado meses, casi un año.

—¿Has tenido sexo?

—¿Cuándo? siempre estoy contigo, tú tampoco lo has tenido.

—Eso no lo sabes.

—Si lo sé, contesta.

—Era solo sexo.

—El sexo solo muchas veces es mejor.

—Nunca es mejor el sexo solo sin amor.

Entonces...

Rocío no quiero hablar de eso, para mí está cerrado, no quiero que suframos, si tengo que estar contigo tres años sin sexo, lo estaré hasta que tengas y me vaya.

—¿Tú no vas a tenerlo?

—No, no se me ocurriría, si lo tengo será contigo con nadie más.

—¿En serio?

—Totalmente en serio, pero tengo que esperar a que me perdones. Y

esperaré lo que haga falta.

Y Rocío, se levantó y se tumbó encima de él, se levantó el vestido y le bajó los pantalones cortos.

—Rocío. Nena, joder.

Apartó el tanga y él que estaba más que listo y no se lo esperaba, temblaba y ella lo metió en su sexo.

—¡Ah, Dios Rocío, nena, que hace tanto que no lo hago...

—No más que yo, le decía en su boca y él levantó más el vestido mordía sus pezones.

—Están más grandes... Joder pequeña y se movían en el sofá y el agarraba sus caderas y la estaba como si nunca la hubiese besado, y sus lenguas trepaban por un aire de luz donde estallaron y él se quedó dentro de ella apretándola contra él.

Ella se levantó e iba a irse a su sofá. Estaba desnuda salvo el tanga.

—Quítatelo... le dijo suave.

Y ella se lo quitó.

Y le bajó los pantalones que él quiso.

—Vente.

Y ella se tumbó junto a él y lloró.

—Vamos perdona, preciosa, perdóname no puedo no sé qué me paso, y lloró él también.

Y la abrazo.

—Si te quiero tanto... yo también he sufrido por mi error creyendo que te perdía. Nadie es como tú mi amor, gracias por ...¡joder!...

Y ella se abrazaba a su catalán.

—Si lo haces de nuevo, te mato.

—Jamás, jamás te dejaré ni a ti ni a mi hija. Y ella recordó las palabras que su madre le dijo de su padre y se quedó tranquila.

Él se montó en ella entrando de nuevo, escurriéndose en su sexo y llevándola por callejones oscuros, por caminos donde había estado con él.

Lo estaba perdonando y o lo hacía de corazón o lo dejaba y no pensaba dejárselo a nadie. Era el hombre de su vida y supo que debió hacer algo cuando él se fue, llevarlo a rastras a casa. Pero a

rastras lo que hizo fue correrse con él como una loca y gemir con él.

—La vamos a despertar.

—Le queda un buen rato de siesta.

—¿Un buen rato? Interesante.

—¡Qué tonto eres!

—Rocío...

—Dime...

—Quiero que lo olvidemos y no esté entre nosotros esto, porque no quiero recordarlo ni que tú sufras, ni yo tampoco. Empecemos de nuevo.

—Está bien, empecemos de nuevo.

—Te quiero guapa, siempre te he querido, no lo olvides.

—Yo también te quiero.

—Por esa razón debemos olvidar lo que hice, sé que soy culpable pero no quiero que cuando nos enfademos nos lo echemos en cara.

—No lo haremos.

—No, no lo haremos no, porque no la quiero y fue un error, el más grande de mi vida. Y ahora solo sois vosotras, los amores de mi vida, no quiero perderte a ti ni a mi niña.

—No nos perderás, cielo.

## CAPÍTULO NUEVE

Las vacaciones resultaron ser una reconciliación para ellos, y disfrutaron sierra y playa con su hija y ellos juntos como cuando se conocieron, o mejor, pues ya se conocían.

Aún a ella a veces le costaba, pero había prometido hacer un esfuerzo y era feliz, para qué iba a complicar las cosas.

Aún estuvieron una semana en casa, y los padres se enteraron de su reconciliación, con lo cual se alegraron mucho y ese año como dos años anteriores fueron en Noviembre a ver a la Virgen del Rocío.

La vida pasaba feliz para ellos y dos años más tarde nació su hijo Gerard para alegría de su abuelo. Merecía que llevara su nombre, ya que ella le puso a Carmen el nombre de su madre...

Su hermano mayor se casó y ellos seguía siendo pareja para todo.

—Ven aquí le decía Carlos cuando los niños echaban la siesta o los padres los sacaban de paseo.

—¿Qué quieres otro pequeño?

—No, aquí nos quedamos nena, que no hay más habitaciones.

—Bueno ¿qué quieres?, voy a hacer un café.

Y él se ponía tras ella , le subía el vestido y la penetraba desde atrás mientras ella gemía,

—¡Ay, Dios catalán!, , ¡Ah, Dios!¡, me matas!

—¡Joder nena! ¡Qué buena estás!, para no te muevas tanto, deja que yo lo haga. No puedo si me pellizcas los pezones, loco.

Y cuando acabaron, se la llevó al sofá.

—¿Me quieres andaluza?

—Siempre te he querido, catalán.

—Eres la mujer de mi vida, el amor de mi vida, lo sabes.

—Lo sé.

—Sí, lo sabes a pesar de todo. Tenemos una familia.

—Y somos pareja, doblemente.

—Te prefería en la administración.

—De eso nada, no me fio de ti un pelo.

—Pero mujer...

—Que no, seremos pareja hasta que nos separen.

—¡Qué mala eres!, si soy muy mala.

—¿Mucho?

—Mucho.

—Vamos a ver eso.

—¡Ay andaluza, ojos de plata! ¿Qué haces?

Y le bajó los pantalones de nuevo y metió su sexo en la boca.

—¡Ay, Dios!, eres buena...

—Lo sabía.

—¡Aggg! nena para que...

### **ACERCA DE LA AUTORA**

Erina Alcalá, es poeta y novelista, nacida en Higuera de Calatrava, Jaén, Andalucía, España. Ha impartido talleres culturales en el Ayuntamiento de Camas, Sevilla. Ha ganado varios premios de poesía, entre ellos uno Internacional de Mujeres, y ahora escribe novelas románticas de corte erótico. También colabora con Romantic Ediciones en las que encontrarás parte de sus novelas. También publica en Amazon en solitario con bastante acierto entre sus lectores.

Entre sus obras, por orden de publicación encontrarás: 1 Una boda con un Ranchero

(Romantic Ediciones) (Serie ranchos romántico —erótica) 2 Un amor para olvidar

(Romantic Ediciones) (Serie romántico —erótica) 3 Cuando el pasado vuelve

(Romantic Ediciones) (Serie romántico —erótica)

4 Un vaquero de Texas

(Romantic Ediciones) (Serie ranchos romántico-erótica) 5 Tapas en Nueva York

(Romantic Ediciones) (Serie romántico-erótica)

6 Otoño sobre la arena

(Romantic Ediciones) (Serie romántico-erótica)

7 Tu rancho por mi olvido

(Romantic ediciones) (Serie ranchos romántico-erótica) 8 Una noche con un Cowboy

(Serie ranchos romántico-erótica)

9 Pasión y fuego

(Serie romántico-erótica)

10 El amor viste bata blanca

(Serie romántico-erótica)

11 Teniente Coronel

(Serie romántico-erótica)

12 La equivocación

(Serie ranchos romántico-erótica)

13 El otro vaquero

(Serie ranchos romántico-erótica)

14 El escocés

(Serie romántico-erótica)

15 El amor no es como lo pintan

(Serie romántico-erótica)

16 La lluvia en Sevilla es una maravilla

(Serie romántico-erótica)

17 Tres veces sin ti

(Saga Ditton, serie romántico-erótica I)

18 Consentida y Caprichosa

(Saga Ditton, serie romántico-erótica II)

19 Solo Falta Jim

(Saga Ditton, serie romántico-erótica III)

20 Trilogía Ditton

(Saga Ditton completa, serie romántico-erótica) 21 La chica de Ayer

(Serie ranchos romántico-erótica)

22 Escala en tus besos

(Serie romántico —erótica)

23 No tengo tiempo para esto

(Serie romántico-erótica)

24 ¿Quién es el padre?

(Serie ranchos romántico-erótica)

25 y tú, ¿Qué quieres?

(Serie romántico-erótica)

26 Segunda Oportunidad

(Serie romántico-erótica)

27 Te juro que no lo he hecho a propósito

(Serie romántico-erótica)

28 Los caminos de Adela

(Serie romántico-erótica)

29 Ojos de Gata

(Serie romántico-erótica)

30 Lo que pasa en las Vegas se queda en las Vegas (Serie romántico-erótica)

31 Un Sheriff de Alabama

(Romantic Ediciones) (Serie ranchos romántico-erótica) 32 El número 19

(Serie romántico-erótica)

33 La vida de Eva

(Serie romántico-erótica)

34 El Lobo de Manhattan

(Serie romántico-erótica)

35 El hombre que más amo

(Serie romántico-erótica)

36 ¿Estás loca?

(Serie romántico-erótica)

37 Los hijos de Mónica Amder. Cuatrilogía

(Serie romántico-erótica)

38 Un grave error

(Serie romántico-erótica)

39 Natalie no perdona

(Serie romántico-erótica)

40 Yo soy la dueña

(Serie romántico-erótica)

41 Corazón coraza

(Serie romántico-erótica)

42 Esposa a la fuerza

(Serie romántico-erótica)

43 Una visita inesperada.

(Serie romántico-erótica)

44 Bea da una última oportunidad.

(Serie romántico-erótica)

45 Brenda se lo piensa

(Serie romántico-erótica)

46 Trilogía. Amores en Randolph

(Serie romántico-erótica)

47 Un policía de virginia

(Serie romántico-erótica)

48 Un marido peligroso

(Serie romántico-erótica)

49 Un vaquero tatuado

(Serie romántico-erótica)

50 Ingenua secretaria

(Serie romántico-erótica)

51 Tu nombre en los olivos

(Serie romántico —erótica)

52 Amores Cruzados

(Serie romántico-erótica)

53 Un vaquero difícil

(Romantic Ediciones) (Serie ranchos, romántico-erótica) 54 TRILOGIA: LAS HERMANAS TORRES. ALICIA

(Serie romántico-erótica)

55 TRILOGÍA: LAS HERMANAS TORRES. JUDIT

(Serie romántico-erótica)

56 TRILOGÍA: LAS HERMANAS TORRES. ELSA

(Serie romántico-erótica)

57 TRILOGÍA COMPLETA: LAS HERMANAS TORRES

(Serie romántico-erótica)

58 A mi secretaria la conozco

(Serie romántico-erótica)

59 Mil citas por Navidad

(Serie romántico-erótica)

60 Me case con tu padre

(Serie ranchos, romántico-erótica)

61 Silbando al viento

(Serie romántico-erótica)

62 Colgada en Nueva York (Romantic Ediciones)

(Serie romántico-erótica)

63 Un rancho por un dólar

(Serie romántico-erótica)

64 Volveré a por mi hijo

(Serie romántico-erótica)

65 Contigo a Melbourne

(Serie romántico-erótica)

66 Un Hombre oscuro

(Serie romántico-erótica)

67 Un sueño desnudo y azul

68 Mi rancho será tuyo

(Romantic Ediciones) (Serie ranchos, romántico-erótica) 69 Destino: Mikonos

(Serie romántico-erótica)

70 No todo el amor es rojo

(Serie romántico-erótica)

71 Gloria en Alabama

(Serie romántico-erótica)

72 Amor no era eso

(Serie romántico-erótica)

73 El visitante de mi dormitorio

(Serie ciencia ficción-romántica)

74 Un instante en la noche

(Serie romántico-erótica)

75 El vientre de la lluvia

(Serie romántico-erótica)

76 Olas en Australia

(Serie romántica-erótica)

77 Amor entre viñedos

(Serie romántica-erótica)

78 Bienvenida a Malibú

(Serie romántica-erótica)

79 Veloces las ruedas

(Serie romántica-erótica)

# Document Outline

- [AÑOS ANTES...](#)
- [ROCÍO.](#)
- [CARLOS.](#)
- [CAPÍTULO UNO](#)
- [CAPÍTULO DOS](#)
- [CAPÍTULO TRES](#)
- [CAPÍTULO CUATRO](#)
- [CAPÍTULO CINCO](#)
- [CAPÍTULO SEIS](#)
- [CAPÍTULO SIETE](#)
- [CAPÍTULO OCHO](#)
- [ACERCA DE LA AUTORA](#)